

LA INVASION DE LOS MUTANTES

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



LA INVASION DE LOS MUTANTES

Joseph Berna

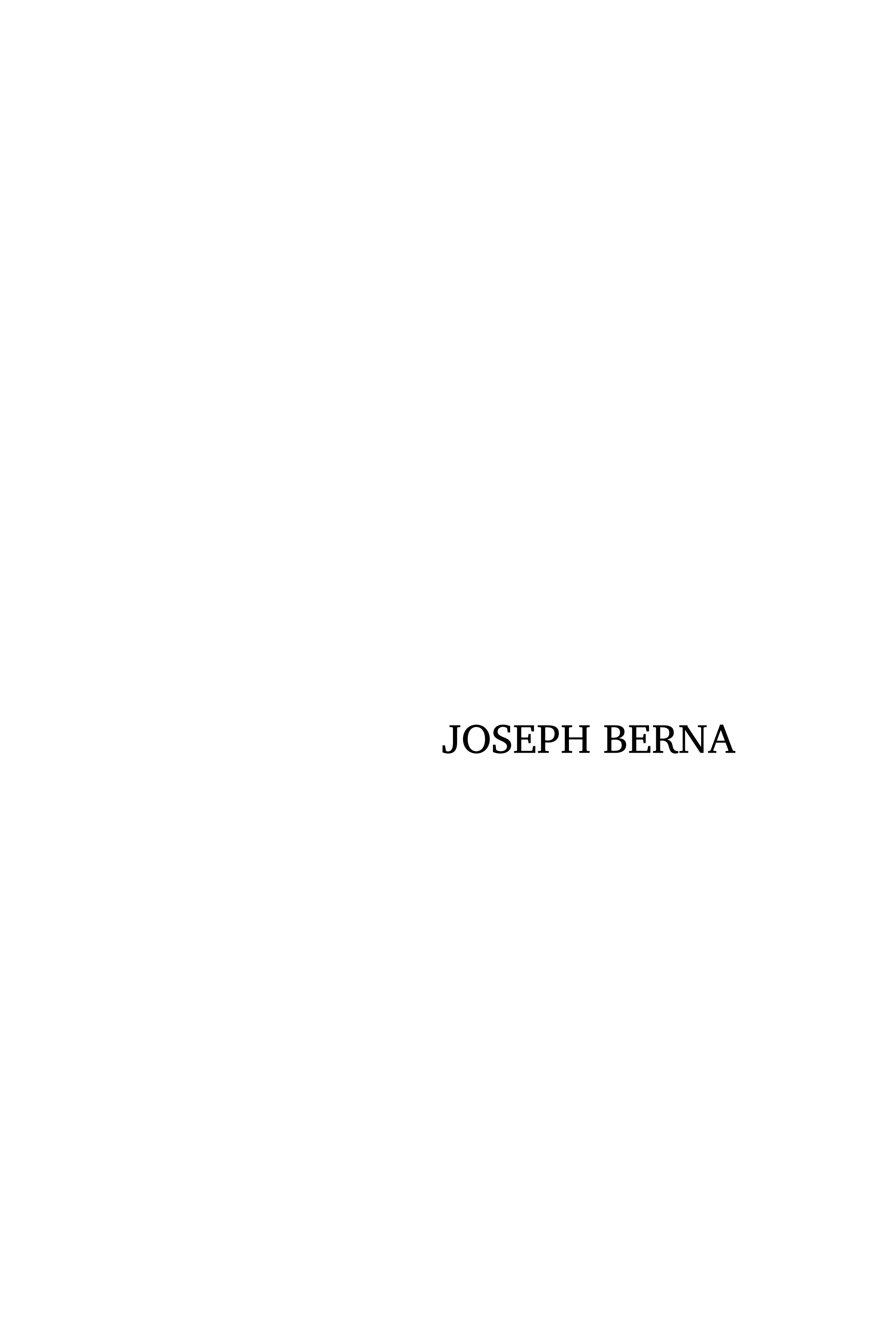
CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —Fórmula para disolver planetas, Glenn Parrish
2. — El regreso del Más Allá, Keith Luger
3. —Aventureros en el planetoide, Ralph Barby
4. —El dictador del espacio, Marcus Sidereo
5. — *Cazadores de cerebros,* Clark Carrados



JOSEPH BERNA

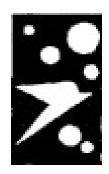
LA INVASION

DE LOS MUTANTES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 404

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 10.006 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Boris Rudakov se acercó al mirador del pequeño observatorio lunar, situado en la cima más alta de los Montes Doerfel, cerca del

polo sur del satélite terrestre.

Desde hacía dos años, concretamente desde el año 2005, en la Luna existía un centro de investigación astronómica, en el que trabajaban unas doscientas personas.

La ausencia de atmósfera en el satélite permitía a los científicos el estudio de todos los fenómenos que no se podían observar desde la Tierra.

El centro de investigación astronómica, denominado Base Lunar Newton, en honor de Isaac Newton, uno de los más grandes científicos de todos los tiempos, se alzaba en el Océano de las Tormentas, una llanura de enormes proporciones, situada en la zona oriental del disco lunar.

Había, además, una docena de pequeños observatorios, convenientemente distribuidos por todo el satélite, desde los cuales se transmitían valiosos datos a la Base Lunar Newton.

Boris Rudakov, de veintiocho años de edad, alto y corpulento, facciones varoniles y abundante cabello rubio, observó a través del sólido cristal del mirador.

Contempló las montañas, formadas de rocas claras, denominadas «lunaritas».

En la larga noche lunar —unas dos semanas terrestres, aproximadamente—, tenían un colorido especial, al reflejarse en ellas la luz de las rutilantes estrellas que salpicaban la bóveda celeste.

Rudakov consultó su reloj digital.

Faltaba sólo media hora para el relevo.

Dentro de treinta minutos, Ronald Thaxter aparecería tripulando una de las pequeñas naves espaciales que ellos utilizaban para trasladarse de la Base Lunar Newton a los distintos observatorios y viceversa.

Boris Rudakov sonrió al pensar en Ronald Thaxter.

Ronald y él eran excelentes amigos.

Veinticinco años antes aquello no hubiera sido posible.

Por aquel entonces, no se concebía una leal y sincera amistad

entre un ruso y un americano.

Había recelos entre ambos países.

Rivalidades.

Afanes de superarse mutuamente.

Afortunadamente, ya no era así.

La Tierra era ahora un solo país, regido por un solo Gobierno, en el que, eso sí, figuraban miembros de los cinco continentes, sin discriminación alguna.

Pero no había sido fácil llegar a esto, no.

Las grandes potencias terrestres se resistían a unirse pacíficamente entre sí y con el resto de los países, y formar un solo Estado.

Es más, durante unos días, se temió por una Tercera Guerra Mundial.

Y estuvo a punto de producirse.

Por fortuna, la sensatez se impuso y las armas atómicas no entraron en acción.

En aquel enfrentamiento nuclear, no hubiese habido vencedores ni vencidos; sólo destrucción.

Una destrucción total y absoluta, que no hubiese permitido seguir habitando en la Tierra a los supervivientes de la catástrofe.

Gracias a que finalmente imperó el sentido común, la Tierra, en lugar de un planeta muerto y arrasado, era ahora un mundo mucho más rico y próspero que antes de la feliz unión de todos sus países, donde reinaban la paz y la armonía.

Boris Rudakov tenía ganas de volver a la Tierra.

Pero para eso aún faltaban dos semanas.

También a Ronald Thaxter le faltaban dos semanas.

Entonces, ambos obtendrían un mes de permiso y podrían regresar a la Tierra, de donde habían salido dos meses y medio antes.

Sí.

Tres meses de trabajo en la Luna y un mes de descanso en la Tierra. Y, tras los treinta días de permiso, vuelta a empezar.

A Boris Rudakov no le disgustaba su trabajo en el pequeño observatorio lunar, aunque reconocía que era bastante aburrido, pues allí sólo hacía falta una persona.

Al estar completamente solo en el observatorio, las horas se hacían más largas y pesadas, ya que no podía hablar con nadie si no llamaba a la base por el videófono.

De pronto, los pensamientos de Boris Rudakov se vieron interrumpidos al observar un extraño resplandor en el cielo.

Fue como una especie de rayo luminoso, rojizo, que surgió en el cielo y se perdió detrás de unas altas rocas, no demasiado distantes del observatorio.

Rudakov atrapó los potentes prismáticos que llevaban al cuello y enfocó las rocas.

Fueron transcurriendo los segundos, lentamente, sin que descubriera nada.

Rudakov se dijo que lo mejor era informar a la Base Lunar Newton del fenómeno que acababa de producirse.

Se disponía a hacerlo, cuando sucedió algo que le dejó paralizado por completo.

¡Una mujer acababa de surgir de detrás de las rocas altas!

¡Y no llevaba escafandra!

Boris Rudakov apartó los prismáticos y se frotó los ojos, convencido de que éstos le estaban jugando una mala pasada.

Volvió a mirar con los prismáticos.

De mala pasada, nada.

Allí estaba la mujer.

Sin escafandra.

Increíble, pero cierto.

Se aproximaba al observatorio, caminando sin prisa.

Como paseándose.

Rudakov se hallaba tan perplejo, que no conseguía reaccionar.

Y es que, si increíble era que la mujer pudiese pasearse por la superficie lunar sin escafandra, o lo que es lo mismo, sin necesidad de llevar oxígeno a sus pulmones, más increíble todavía era que, en lugar de ir equipada con un traje térmico, que la protegiese del frío, llevara tan sólo una larga túnica.

¿Cómo era posible aquello?

La temperatura en la Luna, de noche, llegaba a alcanzar los 150 °C bajo cero.[1]

Como para quedarse calvo de frío, vamos.

Y la mujer, tan fresca.

Y nunca mejor empleada la expresión.

Sí, porque pudo comprobar Boris Rudakov, sin necesidad ya de los prismáticos, porque la mujer estaba ya muy cerca del observatorio, que ésta no llevaba nada debajo de la túnica.

Absolutamente nada.

Rudakov lo supo porque la túnica era descaradamente transparente.

Y se transparentaba cada cosa…

Boris Rudakov continuó sumergido en aquel mar de perplejidad, a cuyas aguas le había arrojado la sorprendente aparición de la mujer.

Ya la tenía a pocos metros de él.

La mujer se detuvo delante mismo del mirador, tan cerca de éste, que de no existir el sólido cristal, Rudakov hubiera podido tocarla con sólo extender el brazo.

Y le entraron ganas de hacerlo.

La mujer no tendría más de veintidós años.

Su rostro, enmarcado en frondosa y brillante cabellera rubia, era lo más hermoso que Boris Rudakov había visto jamás.

Y lo demás, también.

Con unas formas como aquéllas se podía aspirar a ganar cualquier concurso de belleza sin necesidad de recomendación.

Sin tener que visitar secretamente las habitaciones de varios miembros del jurado, vamos.

Los labios de la joya femenina, rojos y sensuales, se distendieron en la sonrisa más cautivadora que pueda imaginarse.

- Boris Rudakov quedó cautivado, claro.

¿O ya lo estaba, antes de que la beldad le sonriera de aquel modo?

El caso fue que Rudakov devolvió la sonrisa a la escultural rubia. Pero fue una sonrisa rara, más propia de un retrasado mental que de un ser en plenitud de facultades mentales.

¿Estaría perdiendo Boris Rudakov las suyas?

El propio Rudakov comenzó a tener sus dudas.

¿Cómo no iba a tenerlas, viendo al otro lado del cristal a una joven, hermosa como una diosa del Olimpo, sin escafandra y cubierta sólo con una delgada túnica transparente…?

Científicamente, aquello no era posible.

Pero allí estaba la diosa de cabellos rubios, para demostrar lo contrario.

- él seguía contemplándola como hipnotizado.

Ella le pidió con un gesto que la dejara entrar en el observatorio.

Rudakov estuvo a punto de preguntarle si es que empezaba a refrescar.

No lo hizo.

El chiste era bueno, pero aquellas situación no podía tomarse a broma.

Ella, además, no hubiera podido oírle, debido al grosor del cristal.

La irresistible rubia, sin borrar en ningún momento la sonrisa de sus tentadores labios, repitió el gesto.

Boris Rudakov caminó como un autómata hacia la cabina estanca.

Tomó el mando de control remoto y pulsó el botón rojo.

La belleza fue hacia la cabina estanca, cuya puerta exterior acababa de abrirse, y penetró en la cabina.

Rudakov pulsó de nuevo el botón rojo y la puerta exterior se cerró. Después de regular la presión de la cabina estanca, para lo cual oprimió un botón amarillo, pulsó un botón verde y la puerta interior de la cabina se abrió silenciosamente.

La turbadora rubia penetró en el observatorio lunar.

Rudakov pulsó nuevamente el botón verde y la cabina estanca quedó herméticamente cerrada.

La misteriosa rubia, siempre sonriente, se acercó a él.

Cuando casi le rozaba el pecho con sus túrgidos senos, erectos y desafiantes, se detuvo.

Rudakov dejó el mando de control remoto, alzó lentamente las manos, y las posó, casi con miedo, sobre las rebosantes caderas femeninas.

Pudo comprobar que, pese a los ciento y pico de grados bajo cero, y a ir prácticamente desnuda, el cuerpo de la bella rubia despedía una agradable tibieza que traspasaba el fino tejido de la túnica de color azul celeste.

—Tu cuerpo no está frío... —murmuró Rudakov.

—No —respondió ella con voz cálida y dulce.

—¿Cómo es posible? Afuera hace un frío de mil demonios, deberías estar congelada como un pescado...

—Mi cuerpo está acostumbrado a soportar temperaturas aún más extremas, no me afectan para nada.

—¿Y tus pulmones...? —Rudakov bajó ligeramente la mirada y observó los pechos femeninos a través de la fina túnica.

—¿Qué pasa con mis pulmones?

—En la Luna no hay atmósfera... ¿Cómo puedes respirar sin escafandra?

—No necesito oxígeno para respirar.

—¿No...? —parpadeó Rudakov.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la rubia.

—Boris. ¿Y tú?

—Zena.

—¿De dónde eres, Zena? —inquirió Rudakov.

—De un planeta muy lejano, llamado Kedro.

—¿Has venido sola?

—Sí.

—¿Desde tan lejos...?

—No me asustan las distancias. Y tampoco me da miedo viajar sola.

—¿A qué has venido a la Luna, Zena?

—Quería conocer personalmente a algún terrestre. Hasta ahora, en Kedro nos habíamos limitado a conoceros por medio de nuestros aparatos, de una tecnología cien veces más avanzada que la vuestra. Gracias a ellos, lo sabemos todo sobre vosotros. Incluso podemos hablar correctamente vuestra lengua, como ves.

—Sí, podría decirse que has nacido en la Tierra.

—Por fortuna para mí, no ha sido así.

—¿Por qué dices eso, Zena?

—Mi raza es muy superior a la tuya, Boris.

—Sí, claro —tuvo que admitir Rudakov.

Hubo un breve silencio.

La extraterrestre lo rompió:

—¿Me encuentras hermosa, Boris?

—Muy hermosa, Zena —respondió Rudakov.

—¿Me deseas?

—Sí. Como jamás deseé a ninguna otra mujer.

La habitante de Kedro deslizó el único tirante de su túnica y dejó que ésta resbalara lentamente por su cuerpo hasta las caderas, donde quedó frenada, porque las manos de Boris Rudakov continuaban posadas allí.

Este, nervioso, no se decidía a tomar la iniciativa.

Zena le rodeó el cuello con sus brazos y se pegó a él.

—Bésame, Boris. Y abrázame.

Boris Rudakov, olvidándose por completo de que Ronald Thaxter estaría al llegar, soltó las caderas femeninas y estrujó materialmente el cuerpo desnudo de la hermosa extraterrestre, a la que besó como jamás había besado a ninguna mujer.

Ella le devolvió el beso con la misma fogosidad.

Y se dejó oprimir y acariciar, aparentemente complacida.

Rudakov debió desconfiar de tantas facilidades..

Pero no sospechó nada.

Ni siquiera pensaba.

Los labios de la extraterrestre, ardientes, hábiles y expertos, se encargaban de no dejarle pensar en nada que no fuera ella, y sus brazos, suaves y cálidos, le atenazaban el cuello, impidiéndole separarse un sólo centímetro, caso de que él lo intentara.

Pero Rudakov no tenía intención de separarse de ella, sino todo lo contrario. Sólo deseaba seguir besándola, abrazándola, y acariciándola con avidez.

Pero no podría hacerlo por mucho tiempo.

Zena estaba a punto de demostrarle su verdadera personalidad.

Sus verdaderas intenciones.

Sus verdaderos deseos.

Una personalidad, unas intenciones y unos deseos capaces de horrorizar al más pintado.

CAPÍTULO II

Ronald Thaxter sobrevolaba ya los Montes Doerfel.

No tardó en divisar a lo lejos las luces del pequeño observatorio lunar.

Poco después, la nave espacial que tripulaba, tan reducida que sólo podían viajar en ella dos personas, descendía lenta y verticalmente sobre la explanada que había delante del observatorio, posándose suavemente junto a la nave que utilizaría Boris Rudakov para volver a la Base Lunar Newton,

Ronald Thaxter paró los motores, se colocó la escafandra y

descendió de la nave, dirigiéndose a la entrada del observatorio.

Ronald contaba veintisiete años de edad y era tan alto como Rudakov, aunque menos corpulento. Tenía el cabello oscuro y sus facciones eran correctas.

Le extrañó no ver al otro lado del mirador a Boris.

¿Dónde diablos se habría metido?

Ronald se aproximó más al mirador y observó a través del grueso cristal.

Se llevó una gran sorpresa al descubrir a Boris Rudakov tendido sobre el cómodo sofá y durmiendo plácidamente.

Era la primera vez que le sorprendía dormido.

Como se enterasen en la Base Lunar Newton de que Boris Rudakov se había dormido en horas de servicio...

Ronald Thaxter fue hacia la cabina estanca.

Extrajo de su cinturón un mando de control remoto y realizó las oportunas maniobras.

Poco después penetraba en el observatorio, cuya puerta interior cerró. Se despojó rápidamente de la escafandra y se acercó a Rudakov.

—¡Eh, Boris! —gritó zarandeándole por el hombro.

—¿Qué ocurre?

—Eso pregunto yo. ¿Cómo has podido quedarte dormido en horas de servicio? —le recriminó Ronald.

—¿De veras me he quedado dormido? —murmuró Rudakov tocándose la cara.

—Como un tronco, además.

Rudakov miró a su alrededor como si buscara a alguien.

—¿Dónde está, Ronald?

Thaxter arrugó el ceño.

—¿Dónde está quién?

—La chica.

—¿Chica...? ¿Qué chica?

—La extraterrestre. Se llama Zena y procede de Kedro, un planeta muy lejano —explicó Rudakov poniéndose en pie—. ¿De veras no la has visto, Ronald?

—Sólo te he visto a ti dormido sobre el sofá —gruñó Thaxter.

—Habrá salido a tomar el fresco —dijo Rudakov, y se aproximó al mirador.

Ronald Thaxter notó que se le abría la boca.

—¿A tomar... el fresco? —repitió absolutamente perplejo.

Boris Rudakov rió.

—Te extraña, ¿verdad? Yo también me quedé estupefacto cuando la vi aparecer por detrás de aquellas rocas altas —las señaló con el brazo—, sin escafandra y sin traje térmico, cubierta tan sólo con una delgada túnica.

Ronald entrecerró un ojo.

—Sin escafandra y cubierta con una túnica, ¿eh? —murmuró.

—Sí. Y la túnica era transparente —añadió Rudakov con pícaro gesto.

—Hermosa, ¿verdad?

—¡Lo más precioso que puedan ver ojos humanos!

—Seguro que era rubia.

—¿Cómo lo sabes? —pestañeó Rudakov.

Thaxter sonrió.

—También yo he soñado con extraterrestres rubias y hermosas alguna vez, Boris.

—¿Soñado...? ¿Estás insinuando que sólo ha sido eso, un sueño?

—Naturalmente.

—¡No, Ronald, no! —rechazó Rudakov sacudiendo la cabeza—. ¡La chica era de carne y hueso, yo la toqué con mis propias manos !

—De que la tocaste, no me cabe ninguna duda —repuso Thaxter con ironía—. Yo soy atrevido con las mujeres, pero tú me superas.

—¡No puede ser un sueño, Ronald!

—Lo que no puede ser es una realidad, Boris. En la Luna, tú lo sabes tan bien como yo, no hay atmósfera. No se puede deambular por su superficie sin escafandra. Y menos aún sin traje térmico. La chica se hubiera convertido en un témpano de hielo. ¿Es necesario que te recuerde la temperatura que hay en estos momentos ahí fuera?

Rudakov pareció que iba a decir algo, pero se limitó a dejarse caer en el sofá, desilusionado.

Ronald le puso la mano en el hombro.

—No te pongas triste, Boris. Es agradable soñar con mujeres hermosas, ya sean terrestres o extraterrestres.

—Sí, pero luego te despiertas y...

—Que te quiten lo bailado.

—¿Cómo?

Ronald rió.

—Quiero decir que ya nada ni nadie puede impedir que te divirtieras con la chica durante el sueño.

—Eso es verdad —admitió Rudakov.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la bella extraterrestre?

—Zena.

—¿Hiciste el amor con ella?

El rostro de Rudakov se iluminó.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Fue maravilloso.

—¿Lo ves? —volvió a reír Thaxter.

Rudakov dio un hondo suspiro y se levantó del sofá.

—Tienes razón, Ronald. No hay por qué sentirse triste —sonrió, palmeando el hombro de su amigo.

—Claro que no.

—Empezaré a equiparme.

—Y yo a desequiparme —repuso Ronald.

Unos minutos después, Boris Rudakov estaba en condiciones de abandonar el observatorio lunar. Antes de colocarse la escafandra miró a Ronald Thaxter y dijo:

—Si por cualquier circunstancia te quedases dormido, sueña con la hermosa Zena. Te lo pasarás bomba, chico.

Ronald rió.

—Anda, vete ya. Y ya sabes: dentro de doce horas aquí otra vez.

—Descuida. Yo también soy puntual en los relevos.

Rudakov se colocó la escafandra y penetró en la cabina estanca, saliendo al exterior poco después.

Ronald lo vio caminar hacia su vehículo volador.

Rudakov agitó el brazo en señal de despedida.

Ronald también movió el suyo y le sonrió a través del mirador.

Instantes después, la pequeña nave espacial tripulada por Boris Rudakov despegaba verticalmente.

En unos segundos se perdió de vista.

Ronald Thaxter, casi inconscientemente, miró hacia las altas rocas que señalara Rudakov.

Y fue una suerte que lo hiciera, porque gracias a ello pudo ver

surgir de detrás de ellas a la mujer rubia.

El más absoluto estupor se apoderó de Ronald Thaxter.

La mujer se aproximó lentamente al observatorio.

Sin escafandra.

Sin traje térmico.

Cubierta tan sólo con una delgada túnica.

Tal y como había descrito Boris Rudakov.

Ronald Thaxter cerró apretadamente los ojos.

No.

No podía ser cierto.

Estaba viendo visiones.

Se había sugestionado con el sueño de Rudakov y ahora creía estar viendo lo mismo que él, sólo que despierto.

Abrió los ojos, convencido de que la imagen de la hermosa rubia habría desaparecido.

Pues no.

La siguió viendo.

Cada vez más cerca del observatorio.

Ronald Thaxter, absolutamente inmóvil, esperó a que la bella muchacha llegase junto al mirador, lo cual sucedía pocos segundos después.

Ella le sonrió cautivadoramente.

Como a Boris Rudakov.

Y, al igual que éste, Ronald Thaxter quedó cautivado.

Por su sonrisa, por sus ojos, grandes y luminosos, de pupilas azules, por el perfecto óvalo de su cara, por su larguísima y sedosa mata de cabellos rubios, y por su cuerpo de diosa, largó y esbelto, con las curvas necesarias.

Una mujer, en suma, capaz de volver loco a cualquiera.

Y eso pensó Ronald Thaxter, que se estaba volviendo loco.

No cabía otra explicación.

La bella rubia le dijo, con un gesto muy significativo, que deseaba entrar en el observatorio.

Ronald titubeó.

También él deseaba que entrara, pero, al mismo tiempo, *temía* dejarla entrar.

Podía suponer un peligro para él.

La belleza le pidió de nuevo que la dejara entrar.

Ronald se decidió por fin.

La dejaría entrar en el observatorio.

Era el único modo de averiguar si aquel portento de chica existía realmente o todo era fruto de su imaginación, trastornada por lo que le había contado Boris Rudakov.

Ronald fue hacia la cabina estanca y maniobró con su mando de control remoto.

Un par de minutos después, la chica penetraba en el observatorio.

Ronald pulsó el botón verde, el que cerraba la puerta interior de la cabina estanca, sin apartar los ojos de la espléndida figura de la mujer.

—¿Dónde esté Boris? —preguntó ella con voz acaramelada.

—Regresó a la Base Lunar Newton —respondió Róñala.

—Oh...

—¿Tú eres Zena?

—Sí. ¿Te habló Boris de mí?

—Sí.

—Entonces, no es necesario que te explique de dónde soy y a qué he venido.

—Te equivocas, lo segundo es muy necesario. Sólo sé que te llamas Zena y que vienes de un planeta lejano, llamado Kedro. Bueno, y también que no te afecta el frío, por intenso que sea, ni la falta de atmósfera, por lo que acabo de ver.

—Así es.

—¿A qué has venido, Zena?

La extraterrestre le dijo lo mismo que a Boris Rudakov, que deseaba conocer personalmente a algún terrestre.

—¿Qué le ocurrió a Boris? —interrogó Ronald—. Lo encontré dormido en el sofá...

—Sí, se durmió. Nos amamos tan apasionadamente que...

—Ya.

Zena dio un paso hacia él.

—¿Cómo te llamas tú?

—Ronald.

La extraterrestre compuso un mohín pícaro.

—¿Sabes que eres más atractivo que Boris, Ronald?

—Si tú lo dices...

—¿Te parezco yo atractiva?

—Mucho.

—¿No sientes deseos de besarme?

—Claro.

—¿Y qué te detiene?

—El deber.

—¿Deber?

—Tengo que informar de tu llegada a la Base Lunar Newton.

—Oh, ya lo harás después —repuso Zena, colocando sus manitas sobre los hombros del terrestre.

—¿Después de qué? —preguntó Ronald.

—De que tú y yo nos amemos intensamente —respondió Zena, ofreciéndole sus labios húmedos, entreabiertos, palpitantes…

Ronald Thaxter tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no dejarse dominar por la llama del deseo que la hermosa extraterrestre había hecho brotar dentro de él.

—Lo siento, Zena, pero primero es la obligación y luego la diversión —dijo, y se separó de ella.

En los ojos de la alienígena hubo un chispeo de furia.

Ni corta ni perezosa, se desprendió de la túnica y quedó completamente desnuda ante Ronald Thaxter, a quien estuvo a punto de asaltarle un golpe de tos.

Ronald, tras recorrer con sus ojos el tentador cuerpo de la mujer, notó que su fuerza de voluntad flaqueaba de nuevo.

Zena alargó los brazos hacia él con intención de rodear el cuello masculino.

Ronald quiso retroceder, pero no pudo.

Sus piernas estaban como paralizadas.

Zena le ciño el cuello y se pegó a él, buscando con sus labios los del terrestre.

Ronald Thaxter, consciente de que si sus bocas de unían ya no podría separarse de la hermosa extraterrestre y acabarían los dos en el sofá, la apartó de un empujón.

Zena, que no debía esperar una reacción violenta por parte del terrestre, cayó al suelo.

Desde allí pareció desintegrarle con la mirada.

Ronald carraspeó.

—Lo siento, Zena. Me encantaría tenerte un buen rato entre mis brazos, pero te repito que no puede ser. Antes debo informar a la Base Lunar Newton.

Ronald se acercó al videófono, para lo cual tuvo que dar la espalda a la extraterrestre.

Cuando se disponía a establecer la comunicación, escuchó un rugido tras él.

Un rugido tan poderoso como extraño.

Ronald se volvió bruscamente.

Su cuerpo sufrió una sacudida de horror, al observar la increíble mutación que estaba sufriendo el cuerpo de la mujer extraterrestre.

¡Se estaba convirtiendo en un ser alucinante!

CAPÍTULO III

Sí.

En un ser horripilante de verdad.

Grande.

Cuerpo rechoncho.

Piel gruesa, de color verde pardusco y cubierta de verrugas.

Ojos saltones.

Boca enorme.

Si a algo se parecía aquel espeluznante ser era sin duda a un gigantesco sapo puesto en pie.

Incluso en sus extremidades superiores e inferiores.

Pero tenía algo de lo que carecen los sapos: un par de antenas sobre la cabeza.

Delgadas.

Flexibles.

Vibrantes.

Ronald Thaxter, dentro de su horror, fue capaz de intuir que en aquel par de antenas estaba el mayor peligro para él.

Y no se equivocó.

Apenas concluir el proceso de mutación, el horrorosos ser dobló una de sus antenas, concretamente la derecha, y apuntó con ella a la cabeza del terrestre.

El extremo de la antena, rematada por un pequeño abultamiento, semejante a un hueso de aceituna, despidió un rayo anaranjado, acompañado de un agudo zumbido.

Afortunadamente, el terror no paralizó los músculos de Ronald Thaxter, y éste se arrojó al suelo una fracción de segundo antes de que el extraterrestre le enviara su rayo.

Un rayo de poderosos efectos destructores, según pudo comprobar Ronald, pues fue a dar contra el videófono y éste saltó en pedazos, despidiendo humo.

El alienígena abrió su bocaza y emitió un rugido, idéntico al que escuchara Ronald poco antes, cuando se disponía a establecer la comunicación con la Base Lunar Newton.

Por lo visto era el modo de expresar su ira.

Antes, por no haber conseguido seducir, con su forma de mujer hermosa e irresistible, al terrestre.

Ahora, por no haber acertado con su mortífero rayo.

El monstruoso habitante del planeta Kedro giró su voluminoso cuerpo hacia Ronald Thaxter y le apuntó de nuevo a la cabeza con una de sus elásticas antenas, la izquierda en esta ocasión.

Ronald continuaba en el suelo, pero no se había quedado quieto.

Su mano diestra, apenas tocar su cuerpo el suelo, voló hada la pistola de rayos infrarrojos que llevaba al cinto.

Ya había logrado empuñarla cuando aquella especie de sapo enorme le apuntó con su antena izquierda.

Ronald accionó el disparador de su arma antes de que el extraterrestre pudiera enviarle una nueva descarga de aquella poderosa energía que parecía almacenar en su horrible cuerpo.

El rayo infrarrojo alcanzó de lleno al alienígena.

El habitante de Kedro lanzó un rugido ensordecedor y se derrumbó en el acto, carbonizado por los terribles efectos caloríficos del rayo.

Se agitó todavía durante unos segundos en el suelo, cada vez más débilmente, mientras su cuerpo se quemaba, despidiendo un hedor tan fuerte que Ronald Thaxter tuvo que cubrirse la boca y la nariz con la mano.

Finalmente, el extraterrestre dejó de moverse y sus ojos, grandes y redondos, quedaron cubiertos por las membranas que le servían de párpados.

En el suelo, bajo él, se había formado un charco de un líquido verdoso y espeso.

Ronald Thaxter se puso en pie lentamente y guardó la pistola de rayos infrarrojos en la funda.

Miró el videófono.

Bueno, lo que quedaba del videófono.

Apenas nada.

No podía, pues, comunicarse con la Base Lunar Newton para informarles de lo sucedido. Tendría que ir personalmente al centro de investigación astronómica.

- sin perder un segundo más.

La gravedad del asunto no admitía demora.

El habitante de Kedro, cuando se presentó como Zena, la hermosa rubia, dijo que había venido solo, pero tal vez mintió.

Ronald estaba casi seguro de que mintió.

No era lógico que un viaje tan largo lo realizase un ser solo, pudiendo ir acompañado.

- menos cuando las intenciones que le guiaban no eran pacíficas.

Con él, al menos, no se había mostrado pacífico.

En cambio, Boris Rudakov no había sufrido ningún daño.

¿O sí lo habría sufrido, y el propio Boris lo ignoraba?

Era otra de las cosas que había que averiguar.

Boris Rudakov tendría que someterse a un profundo reconocimiento médico para saber si su contacto físico con el habitante de Kedro le había transmitido algún germen nocivo y tal vez contagioso.

Ronald Thaxter se equipó y abandonó el observatorio lunar, dirigiéndose rápidamente hacia la pequeña nave espacial.

Se introdujo en ella, se quitó la escafandra, se sentó frente a los mandos y puso los motores en funcionamiento.

Accionó la palanca de despegue.

El vehículo volador se elevó verticalmente.

Segundos después, la pequeña nave espacial partía veloz hacia la Base Lunar Newton.

* * *

Ronald Thaxter miró su reloj.

Por el escaso tiempo transcurrido desde que Boris Rudakov abandonara el observatorio lunar, dedujo que su compañero no habría llegado todavía a la Base Lunar Newton.

Esto le dio una idea.

Llamaría al aeropuerto de la base y daría las órdenes oportunas

para que, cuando llegase Rudakov, se le prohibiese salir de su nave hasta que él llegase e informase de todo a Hans Weiland, jefe supremo de la Base Lunar Newton.

Ronald efectuó la llamada.

El jefe del aeropuerto, aunque extrañado, le aseguró que Boris Rudakov permanecería en su nave hasta que él llegase.

Ronald le dio las gracias y cortó la llamada.

Acto seguido intentó ponerse en comunicación con Rudakov.

No tardó en escuchar la voz de su compañero:

—Boris Rudakov á la escucha.

—Habla Ronald Thaxter.

—¿Qué ocurre, Ronald?

—Algo muy serio, Boris.

—¿De veras?

—Tenías razón, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—La chica era de carne y hueso.

—¿Estás hablando de Zena, la rubia extraterrestre de mis sueños?

—No era un sueño, Boris.

—¿No…?

—Apenas despegar tú con tu nave, la vi aparecer por detrás de las rocas que tú me señalaste. Sin escafandra, sin traje térmico, cubierta tan sólo con una delgada túnica. Se acercó al observatorio y me pidió que la dejara entrar.

—¿Lo hiciste, Ronald?

—Sí. Y ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Por qué dices eso, Ronald…?

—No era lo que parecía, Boris.

—Explícate, por favor.

Ronald Thaxter le refirió a su amigo lo sucedido en el interior del observatorio.

—¡No puedo creerlo, Ronald! —exclamó Rudakov.

—Te juro que es verdad, Boris. Los habitantes del planeta Kedro son mutantes, pueden adoptar cualquier forma con su cuerpo. Ese horrendo y astuto ser, para entrar en el observatorio, adoptó la forma de una mujer terrestre, hermosa y seductora. Sabía que tú no le negarías la entrada, como tampoco yo, más tarde. Una vez en el interior del observatorio, intentó seducirnos, aunque ignoro con qué fin.

—A ti no logró seducirte… —observó Rudakov.

—No, y por eso me atacó. Ese ser no quería que la Base Lunar Newton tuviese noticias de su presencia en el satélite.

—Y ya las tiene, ¿verdad?

—No, todavía no. El extraterrestre destrozó el videófono del observatorio con su primera descarga de energía. Por eso me dirijo con mi nave a la base. Informaré de todo al profesor Weiland en cuanto llegue. Lo que he hecho ha sido llamar al aeropuerto de la base.

—¿Para qué? —preguntó Rudakov.

Ronald se lo dijo.

Rudakov pareció enfadarse.

—¿Por qué diablos has ordenado que no me dejen salir de mi nave hasta que tú llegues?

Ronald se lo explicó.

Al ver que Rudakov no decía nada, preguntó:

—¿No crees que es lo más oportuno, Boris?

—Sí, tal vez —rezongó Rudakov.

—Es conveniente que te reconozca el doctor Monnier.

—No me encontrará nada, ya lo verás. Me siento perfectamente.

—Lo celebraré, Boris.

—Te esperaré en el aeropuerto de la base, Ronald.

—Hasta dentro de un rato, Boris.

Ronald cortó la comunicación.

* * *

Ronald Thaxter posó su nave en el aeropuerto espacial de la Base Lunar Newton, junto a la de Boris Rudakov.

Ronald se colocó la escafandra y descendió de su nave.

Indicó con el brazo a Boris que saliera de la suya.

Rudakov obedeció.

Caminaron los dos hacia la base, en la que se introdujeron cruzando una cabina estanca. Al salir de ésta, se despojaron de las escafandras y del resto del equipo, tan necesario para deambular por el exterior como molesto para moverse por el interior de la base.

—¿De veras te encuentras bien, Boris? —preguntó Thaxter.

—Perfectamente, Ronald, ya te lo he dicho —sonrió Rudakov.

—Iremos directamente a la enfermería. Mientras el doctor Monnier te reconoce, yo pondré al corriente al profesor Weiland.

—De acuerdo.

Se pusieron los dos en movimiento.

Instantes después entraban en la enfermería.

El doctor Monnier, un hombre de unos cuarenta años de edad, delgado y de estatura media, que se cubría con una bata blanca, se

sorprendió al verlos.

—¿Qué hacéis los dos en la base al mismo tiempo? ¿Es que ya no prestáis servicio en el mismo observatorio?

—Sí, trabajamos los dos en el observatorio de los Montes Doerfel —respondió Ronald.

—¿Y cómo es que uno de vosotros no está allí?

—Ha ocurrido algo, doctor.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Monnier.

—Boris se lo explicará, mientras lo reconoce usted a fondo. Yo tengo que ir a ver al profesor Weiland.

El doctor Monnier miró a Rudakov.

—¿Te encuentras mal, Boris?

Rudakov se dio unos golpes en su robusto pecho, como si fuera un gorila.

—Jamás me he sentido mejor, doctor —respondió sonriendo.

—¿Entonces...?

—Cuéntaselo todo, Boris —dijo Ronald, y echó a andar hacia la puerta, saliendo de la enfermería.

—Habla, Boris —rogó el doctor Monnier, dominado por la curiosidad.

—Como es largo de contar, lo haré mientras me reconoce. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego. Anda, pasa ahí detrás, quítate la ropa, y tiéndete en la mesa —indicó Monnier.

Rudakov se situó detrás de la mampara de cristal translúcido, donde se hallaba la mesa articulada en la cual reconocía el doctor Monnier a sus pacientes, y comenzó a desvestirse.

El doctor Monnier esperó un par de minutos y luego preguntó:

—¿Estás listo, Boris?

Rudakov no contestó.

El doctor Monnier, extrañado, pasó al otro lado de la mampara.

Un grito de horror escapó de su garganta, al encontrarse con aquel monstruoso ser que semejaba un gigantesco sapo puesto en pie.

Quiso retroceder, aterrorizado, pero sólo pudo dar un paso.

Una de las vibrantes antenas que tenía el monstruo sobre su cabeza se dobló, le apuntó al rostro y despidió un rayo anaranjado.

La frente del doctor Monnier estalló de forma espeluznante, y la mitad de su cabeza desapareció casi por completo.

El infortunado médico se desplomó sin emitir el más débil gemido.

Entonces, el habitante de Kedro se transmutó, adoptando La forma exacta del doctor Monnier, y se colocó las ropas de éste.

Ocultar el cadáver desnudo del médico terrestre, y borrar del suelo las huellas del crimen, le llevó muy poco tiempo al extraterrestre. .

Después se sentó tras la mesa escritorio del doctor Monnier esperó tranquilamente la llegada del profesor Weiland y de Ronald Thaxter.

Intuía que no tardarían en aparecer...

CAPÍTULO IV

Hans Weiland, eminente científico de origen alemán, contaba cuarenta y ocho años de edad. Era alto, fuerte todavía, y tenía el cabello gris.

Desde el primer momento había sido el máximo responsable de la Base Lunar Newton, cargo que desempeñaba a satisfacción de todos, pues el centro de investigación astronómica funcionaba maravillosamente bien.

El profesor Weiland había estado redactando unos informes, tarea que tardó cuatro largas horas en realizar, por lo que no resultaba extraño apreciar en su cara, de facciones nobles, un rictus de cansancio.

Hans Weiland guardó todas las hojas, escritas a mano por él, en una carpeta azul y se levantó de! sillón, saliendo de su despacho, espacioso y confortable.

En la antesala del mismo, una estancia mucho más reducida, prestaba sus servicios Britt Larson, una preciosa joven de origen sueco, de largos cabellos rubios, ojos muy claros, naricilla graciosa y boca bien trazada, de labios llenos y jugosos. Tenía veintitrés años recién cumplidos y unas formas nada despreciables, que se encargaba de realzar el ajustado traje de una sola pieza que vestía, de color carne, con lo cual resultaba más sugestiva aún.

Bastaba entornar un poco los ojos para que pareciese que Britt Larson iba en traje de ducharse.

Claro que eso, lo de entornar un poco los ojos, no lo hacía nadie.

Bueno, casi nadie.

Ronald Thaxter sí lo había hecho alguna que otra vez.

- Britt Larson lo sabía.
- también sabía otras cosas sobre Ronald Thaxter.

Las suficientes para no mirarlo con simpatía, precisamente.

Y el caso es que ella era la primera en reconocer que Ronald Thaxter no era un tipo antipático.

Pero era un fresco.

- un atrevido.
- tenía las manos muy largas.
- a casi todas las chicas de la Base Lunar Newton les complacía que Ronald Thaxter tuviese las manos largas.

A ella, en cambio, le enfurecía.

Aunque no tanto que Ronald Thaxter tuviese las manos largas, como que a las demás chicas de la base les encantase que él se propasase con ellas siempre que se le presentaba la ocasión.

Esto último era lo que realmente la enfurecía: que a Ronald Thaxter le gustasen todas y que a casi todas les gustase él.

En fin, la cosa no tenía remedio.

Allá Ronald Thaxter y allá las otras chicas de la base.

Ella, desde luego, no se prestaría jamás al desvergonzado jueguecito.

El hombre que deseara ponerle las manos encima, tendría que conformarse con ponérselas sólo a ella, a ninguna otra más.

- quererla.
- amarla.
- desear tener hijos con ella.

Como Ronald Thaxter no era hombre que se conformase con una sola mujer, pues al diablo con Ronald Thaxter.

Hans Weiland carraspeó como para hacerse notar.

—¿Le ocurre algo, señorita Larson...?

Britt Larson respingó.

—¡Profesor Weiland! —exclamó, mirando al jefe supremo de la Base Lunar Newton que se hallaba en pie ante su mesa de trabajo.

—Parecía usted distraída, señorita Larson —sonrió suavemente Weiland.

—Y lo estaba —confesó la joven, mordiéndose el labio inferior —. Lo siento, profesor.

—¿Le preocupa algo?

—No, nada.

—Ya sabe que puede confiar en mí.

Britt Larson sonrió.

—Lo sé, profesor Weiland. Pero no me preocupa nada, de verdad. Me distraje por una tontería.

—Mejor así. Aquí le dejo unos informes para que los pase a máquina cuando pueda, señorita Larson.

—Ahora mismo —respondió Britt, cogiendo la carpeta.

Hans Weiland se tocó la frente.

—Me duele un poco la cabeza. Voy a retirarme a descansar unas horas. Si alguien pregunta por mí, no dude en llamarme por el videófono, señorita Larson.

—Descuide, profesor Weiland.

El máximo dirigente de la Base Lunar Newton se retiró a su aposento.

Britt Larson se dispuso a realizar el trabajo que acababa de encomendarle el profesor Weiland.

Justo cuando iba a empezar, apareció Ronald Thaxter.

—Hola, Britt —saludó el joven con una sonrisa.

—¿Qué demonios haces tú en la base? —inquirió la muchacha extrañada—. Se supone que deberías estar en el observatorio de los Montes Doerfel…

—Y allí estaba. Pero he vuelto, ya ves.

—¿Dejando solo el observatorio…?

—Sí.

—Espero que tengas una buena razón para haber abandonado tu puesto.

—La tengo, Britt.

—¿Cuál es?

Ronald Thaxter apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó mucho hacia la secretaria de Hans Weiland, Tanto, que sus caras quedaron a menos de un palmo la una de la otra.

Contrariamente a lo que esperaba Ronald, Britt Larson no retiró la suya ni un centímetro.

—Estoy esperando tu respuesta, Ronald —recordó la joven, sin mostrarse en absoluto nerviosa o turbada por la proximidad de él.

—Tú.

—¿Yo qué?

—Que tú eres la razón de que haya abandonado el observatorio.

—No entiendo eso, Ronald.

—Pues está muy claro, Britt. Sentí un súbito e incontenible deseo de ver tu precioso rostro y…

—¿Me tomas por idiota, Ronald?

—¿Qué?—parpadeó Thaxter.

—Habla en serio o lárgate, que tengo trabajo —gruñó Britt ceñuda.

Ronald Thaxter chascó la lengua.

—No frunzas el ceño que no te favorece,

—Yo frunzo lo que me da la gana. ¿Está claro?

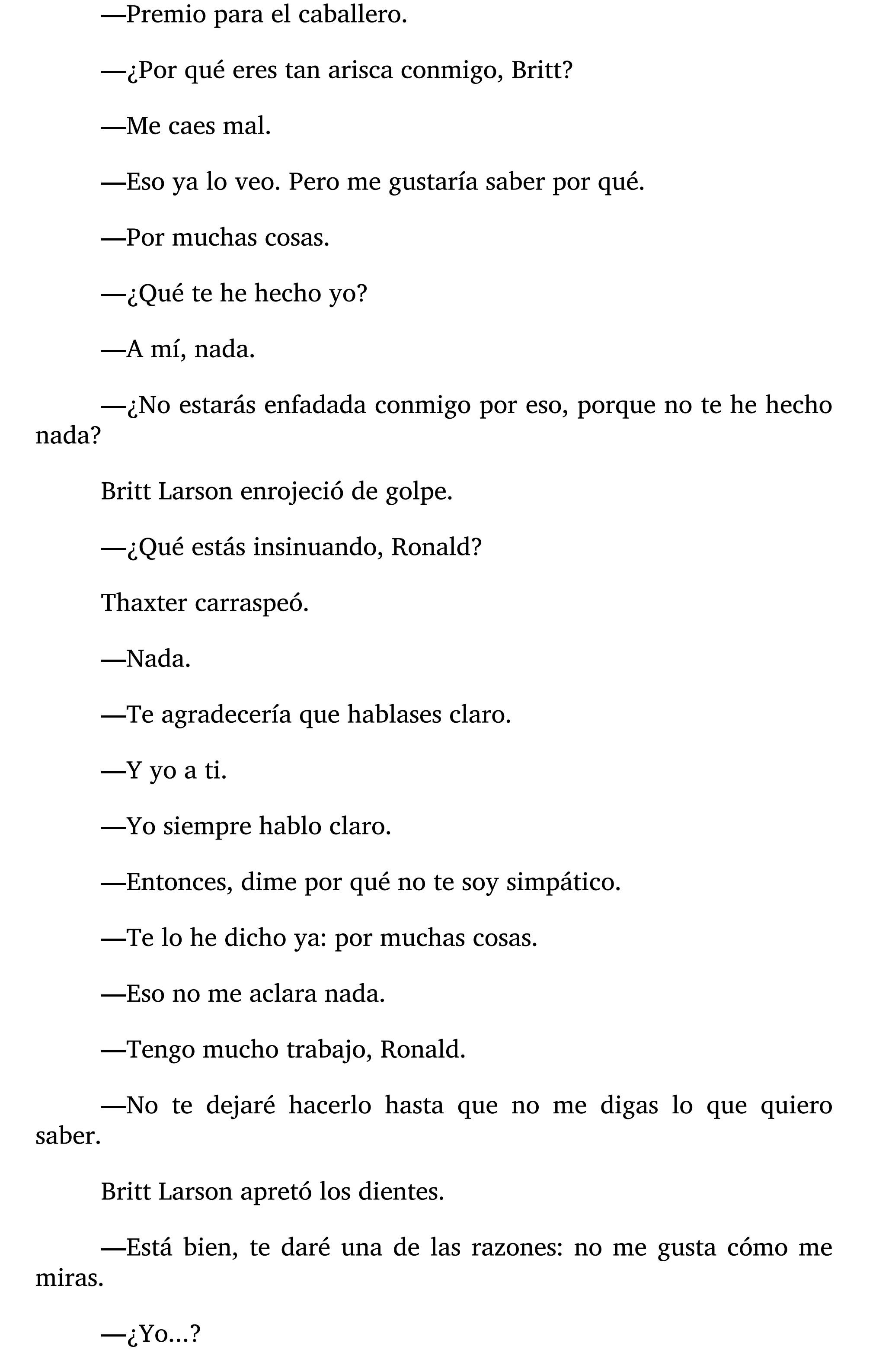
—Que sean los labios —sugirió Thaxter—. Eso sí te favorece.

—Fuera de mi vista, Ronald —ordenó la joven a punto de perder la calma.

—Si frunces los labios te doy un beso.

—¿Quieres ver cómo te frunzo yo a ti la cara?

—¿De una bofetada?



—Premio para el caballero.

—¿Por qué eres tan arisca conmigo, Britt?

—Me caes mal.

—Eso ya lo veo. Pero me gustaría saber por qué.

—Por muchas cosas.

—¿Qué te he hecho yo?

—A mí, nada.

—¿No estarás enfadada conmigo por eso, porque no te he hecho nada?

Britt Larson enrojeció de golpe.

—¿Qué estás insinuando, Ronald?

Thaxter carraspeó.

—Nada.

—Te agradecería que hablases claro.

—Y yo a ti.

—Yo siempre hablo claro.

—Entonces, dime por qué no te soy simpático.

—Te lo he dicho ya: por muchas cosas.

—Eso no me aclara nada.

—Tengo mucho trabajo, Ronald.

—No te dejaré hacerlo hasta que no me digas lo que quiero saber.

Britt Larson apretó los dientes.

—Está bien, te daré una de las razones: no me gusta cómo me miras.

—¿Yo...?

—Tú.

—¿Qué hay de malo en mi mirada?

—A veces me desnudas con ella.

—Y corres el riesgo de pillar un resfriado, ¿no es eso?

Las pupilas de la joven chispearon.

—Tus chistes no me hacen ninguna gracia, Ronald.

—Ni yo tampoco, ya lo sé.

—Así es.

Ronald Thaxter dio un suspiro y se irguió.

—Es inútil seguir discutiendo, no aclararemos nada. —¿Puedo saber ya por qué abandonaste el observatorio? —inquirió Britt Larson.

—Ha ocurrido algo grave y debo comunicárselo al profesor Weiland.

—Para eso está el videófono, Ronald.

—El mío ya no está.

—¿Qué?

—Saltó en pedazos.

—¿En pedazos...?

—¿Está el profesor en su despacho? —inquirió Ronald. —No. Tenía un poco de jaqueca y se retiró a descansar hace unos minutos —informó la joven.

—Pues lo siento por él, pero vas a tener que interrumpir su descanso, Britt.

—¿Es absolutamente necesario?

—Ya te he dicho que el asunto es grave. Si no lo fuera, no estaría yo en la base.

—Está bien. Le diré que estás aquí —gruñó la joven.

—Muy amable.

—Sin ironías o te mando a un sitio feo.

—¿Quién está ironizando?

Britt Larson soltó un gruñido y pulsó la tecla que le ponía en comunicación con el aposento de Hans Weiland.

En la pantalla del videófono no tardó en aparecer la imagen ¿el jefe supremo de la Base Lunar Newton.

—¿Qué ocurre, señorita Larson? —inquirió Weiland.

—Ronald Thaxter está en la base, profesor Weiland.

—¿En la base...?

—Sí, profesor. Y desea hablar con usted urgentemente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Weiland preocupado.

—No lo sé, profesor. Pero Ronald Thaxter dice que el asunto es grave.

—Voy en seguida, señorita Larson.

Britt Larson cortó la comunicación.

Miró a Thaxter.

—¿No puedes anticiparme nada, Ronald?

—¿Para qué? No me ibas a creer... —respondió Thaxter.

—Eso está por ver.

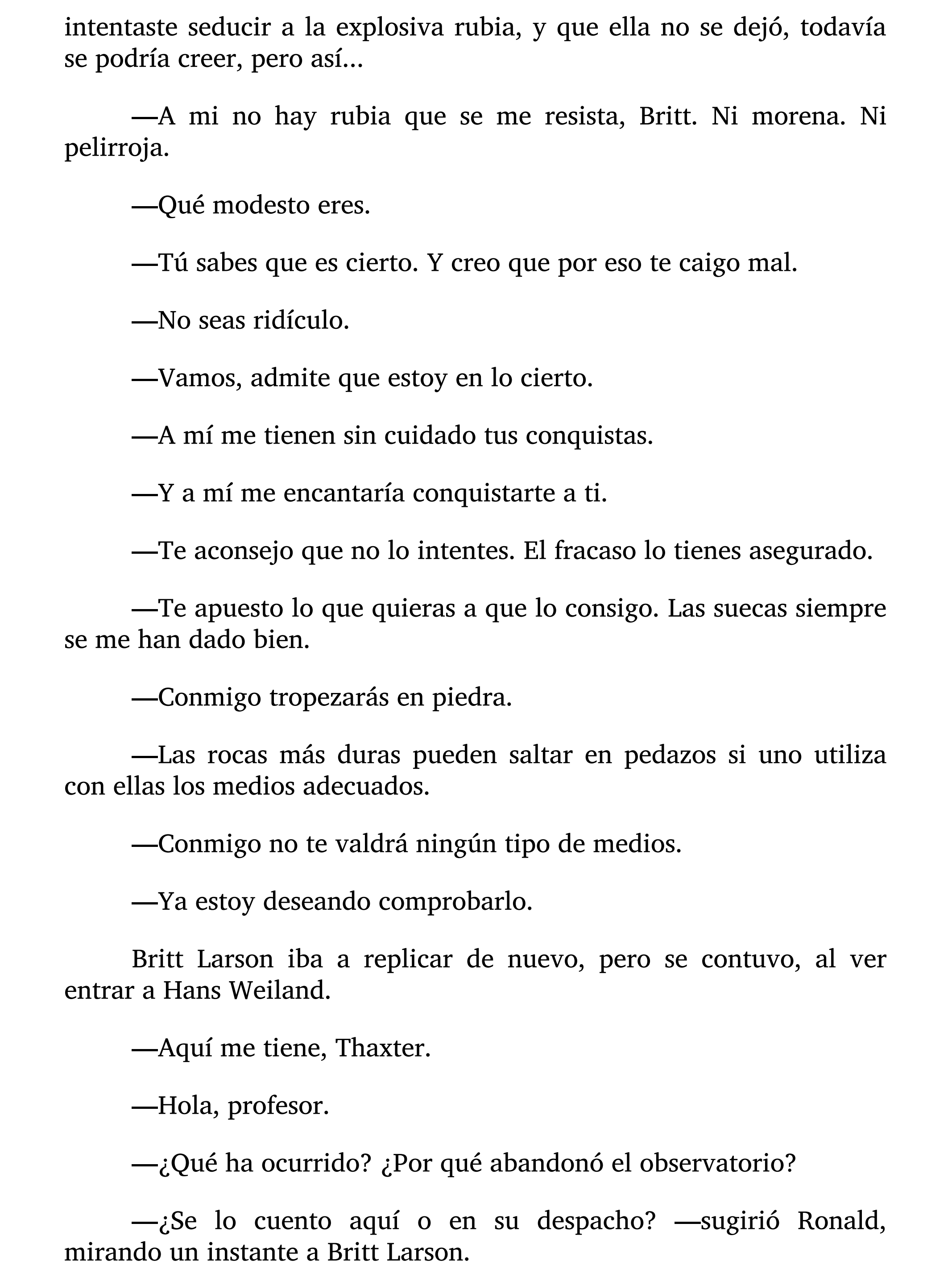
—De acuerdo, te explicaré lo sucedido. Una rubia de rostro bellísimo y cuerpo prodigioso intentó seducirme, pero yo no me dejé engatusar. Ella, enfurecida, quiso...

—Ahora uno de chinos, por favor —le interrumpió Britt irónica.

Ronald suspiró.

—Te advertí que no me ibas a creer.

—El cuento es demasiado exagerado. Si hubieses dicho que tú



intentaste seducir a la explosiva rubia, y que ella no se dejó, todavía se podría creer, pero así…

—A mi no hay rubia que se me resista, Britt. Ni morena. Ni pelirroja.

—Qué modesto eres.

—Tú sabes que es cierto. Y creo que por eso te caigo mal.

—No seas ridículo.

—Vamos, admite que estoy en lo cierto.

—A mí me tienen sin cuidado tus conquistas.

—Y a mí me encantaría conquistarte a ti.

—Te aconsejo que no lo intentes. El fracaso lo tienes asegurado.

—Te apuesto lo que quieras a que lo consigo. Las suecas siempre se me han dado bien.

—Conmigo tropezarás en piedra.

—Las rocas más duras pueden saltar en pedazos si uno utiliza con ellas los medios adecuados.

—Conmigo no te valdrá ningún tipo de medios.

—Ya estoy deseando comprobarlo.

Britt Larson iba a replicar de nuevo, pero se contuvo, al ver entrar a Hans Weiland.

—Aquí me tiene, Thaxter.

—Hola, profesor.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué abandonó el observatorio?

—¿Se lo cuento aquí o en su despacho? —sugirió Ronald, mirando un instante a Britt Larson.

—Aquí mismo. La señorita Larson goza de toda mi confianza —respondió Weiland.

—Lo sé, profesor. Si sugerí lo de entrar en su despacho es

porque temo que lo que voy a contarle pueda impresionar demasiado a la señorita Larson.

—Es muy difícil impresionarme a mí, Ronald —repuso la oven con ironía.

—En ese caso, allá va.

Ronald Thaxter lo refirió todo sin omitir detalle.

Britt Larson, a pesar de que ella había asegurado lo contrario, se impresionó tanto que su bello rostro quedó sin color.

También el profesor Weiland se había puesto pálido.

Tras el increíble relato de Ronald Thaxter hubo un largo silencio. Finalmente, Hans Weiland habló:

—¿Y dice usted, Thaxter, que Boris Rudakov está en la enfermería...?

—Así es, profesor —asintió Ronald—. Como ya le he contado, creí conveniente que el doctor Monnier lo reconociera a fondo para...

—Debemos ir inmediatamente a la enfermería, Thaxter —decidió Weiland, interrumpiéndole—. Temo que el doctor Monnier esté en peligro.

—¿El doctor Monnier en peligro...? —repitió Ronald sin comprender.

—Los habitantes del planeta Kedro son mutantes, ¿no?

Ronald respingó con fuerza porque acababa de comprender de golpe.

—¿Piensa usted que el Boris Rudakov que yo dejé en la enfermería puede ser...?

El profesor Weiland asintió gravemente con la cabeza.

—Uno de esos horribles seres, Thaxter..

CAPÍTULO V

—¡Corramos, profesor Weiland! —gritó Ronald Thaxter, cogiendo del brazo al científico.

Salieron los dos de la antesala del despacho de Hans Weiland y se dirigieron velozmente a la enfermería.

Antes de entrar en ella, Ronald empuñó su pistola de rayos infrarrojos.

Penetraron en la enfermería.

Al ver al doctor Monnier, tranquilamente sentado en su sillón, tomando unos apuntes, el profesor Weiland y Ronald Thaxter respiraron hondo.

—Les estaba esperando, profesor Weiland —dijo el habitante del planeta Kedro que asesinara al doctor Monnier y adoptara la forma de éste.

Hans Weiland y Ronald Thaxter se acercaron a la mesa del médico.

—¿Se encuentra bien, doctor Monnier? —inquirió Weiland.

—¿Yo? —repuso el falso Monnier con gesto de extrañeza.

—Sí, usted —asintió Ronald.

—Perfectamente, como siempre. ¿Por qué no iba a encontrarme bien?

—¿Dónde está Boris? —inquirió Ronald, mirando hacia la mampara de cristal translúcido con la pistola de rayos infrarrojos en la diestra.

—Se marchó ya.

—¿Que se marchó...?

—Sí, hace unos minutos.

Hans Weiland y Ronald Thaxter intercambiaron una mirada.

—¿Lo reconoció usted, doctor Monnier? —preguntó Weiland.

—Sí. Y de forma muy completa, además —respondió el extraterrestre.

—¿Encontró algo raro en su organismo?

—Nada en absoluto. Boris Rudakov está completamente normal. Su contacto físico con esa bella extraterrestre, que luego se convirtió en un espantoso ser, según le contó Ronald a Boris, no le transmitió ningún germen nocivo.

Hans Weiland respiró aliviado.

—No sabe usted qué peso nos quita de encima, doctor Monnier. ¿Sabe lo que temimos? Que el extraterrestre hubiera matado a Boris Rudakov y hubiese adoptado su forma, gracias a su condición de mutante, para engañar a Ronald Thaxter y poder introducirse así en la Base Lunar Newton. Y temimos por usted, doctor.

El falso doctor Monnier puso cara de desconcierto.

—Pero ¿no acabó Ronald con el extraterrestre en el observatorio?

—Yo maté a uno de esos seres, doctor. Pero puede haber más —respondió Thaxter.

—Oh...

—Es posible que Thaxter tenga razón —dijo el profesor Weiland—. De cualquier modo, parece evidente que el Boris Rudakov que se encuentra en la base no es un habitante de Kedro, puesto que no sólo no le atacó a usted, doctor, sino que usted no encontró nada extraño en su organismo. De haber sido uno de esos seres, con la forma de Boris Rudakov, usted lo habría descubierto al reconocerle. ¿No es cierto, doctor Monnier?

—¡Seguro! Cuando analicé su sangre, sin ir más lejos.

—Claro.

—Pueden ustedes estar tranquilos, profesor Weiland. El hombre que yo reconocí era el auténtico Boris Rudakov.

Hans Weiland sonrió.

—Gracias por todo, doctor Monnier.

—No hay de qué, profesor —sonrió también el extraterrestre.

—Vamos, Thaxter —indicó Weiland poniéndose en movimiento.

Ronald Siguió al jefe supremo de la Base Lunar Newton y ambos abandonaron la enfermería.

Hans Weiland se detuvo en el corredor y Ronald le imitó.

—Hay algo que no entiendo, Thaxter.

—¿Qué es ello, profesor?

—¿Por qué el habitante de Kedro no atacó a Rudakov?

—Porque Rudakov se dejó seducir por la hermosa rubia que en aquellos momentos era el extraterrestre, y no intentó informar a la base de su presencia en la Luna.

Weiland sacudió la cabeza negativamente.

—No, Thaxter, no puedo admitir eso.

—¿Por qué, profesor?

—Al dejarle con vida, el extraterrestre corría el riesgo de que Rudakov informase a la base tan pronto como se despertáis, De hecho se lo contó a usted.

—Sí, pero yo no le creí.

—Eso no podía saberlo el extraterrestre, Thaxter.

—Creo que empiezo a entenderlo, profesor. Si yo hubiera creído a Rudakov habría llamado inmediatamente a la base por el videófono del observatorio, tal y como intenté hacer cuando el extraterrestre se me apareció a mí.

—Exactamente, Thaxter. Y teniendo en cuenta el interés que tenía el extraterrestre en que no se tuviese noticias en la Base Lunar Newton de su presencia en el satélite, resulta absurdo que corriese el riesgo de que usted creyese a Rudakov e informase rápidamente a la base.

—Tiene usted razón, profesor. Es de lo más absurdo.

—Sólo cabe una explicación, Thaxter.

—¿Cuál?

—Lo que no temimos en un principio: el Boris Rudakov que encontró usted dormido en el sofá del observatorio era un habitante de Kedro que había adoptado la forma de Rudakov, después de asesinar a éste.

—Pero el doctor Monnier acaba de asegurar que… —murmuró Ronald, señalando la puerta de la enfermería.

—Esos seres son muy inteligentes, Thaxter. Y lo saben todo sobre nosotros. El extraterrestre pudo haber engañado al doctor Monnier hasta el punto de que éste no encontró nada anormal en su organismo.

—¿Qué podemos hacer, profesor?

—Buscar a Boris Rudakov. Usted y él eran grandes amigos. Si no es el auténtico Boris Rudakov, usted lo descubrirá. Bastará con que le hable de algún hecho pasado, vivido por ustedes dos. Si es el auténtico Boris Rudakov, lo recordará inmediatamente. En cambio, si es un habitante de Kedro, no sabrá de qué le habla usted.

Ronald sonrió.

—Excelente idea, profesor. Vamos en su busca.

—Será mejor que vaya usted solo, Thaxter. Si vamos los dos, puede sospechar.

—Sí, tiene razón.

—Yo, mientras tanto, voy a ponerme en contacto con los restantes observatorios.

Ronald respingó.

—¿Teme que también ellos puedan ser atacados por…?

—No me sorprendería en absoluto. Incluso puede que alguno de ellos haya sido atacado ya. Y más aún: cabe la posibilidad de que otros habitantes de Kedro, además del que sospechamos adoptó la personalidad de Rudakov, se hayan introducido ya en la base.

—¡Profesor Weiland! —exclamó Ronald, alarmado.

—No perdamos más tiempo, Thaxter. Vaya en busca de Rudakov.

—¡Ahora mismo!

—Y lleve cuidado, Thaxter. Si Boris Rudakov es realmente un habitante de Kedro e intuye que usted lo sospecha, le atacará.

—Descuide, profesor. No me dejaré sorprender.

Ronald Thaxter se alejó rápidamente.

Hans Weiland esperó unos segundos y luego echó a andar en dirección contraria.

Apenas había dado un par de pasos, cuando la puerta de la enfermería se abrió y el falso doctor Monnier apareció en el hueco.

—¡Profesor Weiland!

El máximo responsable de la Base Lunar Newton se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Ocurre algo, doctor Monnier?

—Venga, por favor. Quiero que vea una cosa.

Hans Weiland entró en la enfermería.

El habitante de Kedro aprovechó el instante en que el profesor Weiland quedaba de espaldas a él para golpearle duramente en la cabeza con el pesado objeto de metal que había mantenido oculto tras su espalda.

El jefe supremo de la Base Lunar Newton emitió un débil gemido y se derrumbó, privado por completo del sentido.

CAPÍTULO VI

Ronald Thaxter llevaba ya un rato buscando a Boris Rudakov, pero no lograba dar con él.

Nadie le había visto.

Ronald empezó a pensar algo que no le gustó nada.

Decidió reunirse de nuevo con el profesor Weiland y hablarle de sus sospechas. Con tal fin, se dirigió al despacho del máximo dirigente de la Base Lunar Newton.

—Hola, Britt.

Britt Larson, con gesto de preocupación, inquirió:

—¿Se confirmaron las sospechas del profesor Weiland, Ronald? ¿Sufrió algún daño el doctor Monnier?

Ronald quedó un tanto sorprendido.

—¿Es que no te ha informado el profesor, Britt?

—¿Cómo va a informarme, si no ha vuelto por aquí desde que salisteis los dos disparados hacia la enfermería?

Ronald se acarició la barbilla.

—Qué raro… —murmuró.

—¿El qué te parece raro?

—El profesor Weiland me dijo que iba a ponerse en contacto con el resto de los observatorios para informarles de lo ocurrido en el de los Montes Doerfel.

—Lo estará haciendo desde otro sitio. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Lo lógico hubiera sido que realizara las llamadas desde su despacho, sin nadie a su alrededor.

—¿Por qué?

—El profesor Weiland teme que algunos de esos horribles seres se hayan infiltrado ya en la base, adoptando las figuras de los hombres que prestan servicio en los distintos observatorios.

—¡Dios mío, no! —gimió la joven, palideciendo.

—Buscaré al profesor Weiland —dijo Thaxter, haciendo ademán de caminar hacia la puerta.

—¡Ronald! —exclamó Britt, poniéndose en pie nerviosamente.

Thaxter la miró.

—¿Qué ocurre, Britt?

—No me dejes sola.

—¿Qué?

—Estoy aterrada. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí, pareces muy asustada.

—Quédate conmigo hasta que regrese el profesor Weiland.

—No puedo.

—¡Por favor, Ronald! —suplicó la joven, saliendo de detrás de la mesa y agarrándose al brazo de él.

—Te caigo mal. ¿Lo has olvidado ya?

Britt Larson se mordió los labios.

—Eso no tiene nada que ver.

—Ya lo creo que tiene que ver. Me estás pidiendo un favor, y yo sólo hago favores a aquellas personas a las cuales les caigo bien, no a las que me odian.

—No es odio lo que siento por ti, Ronald.

—Pero casi.

—No me eres simpático, eso es todo.

—Porque a veces te desnudo con la mirada, según dijiste.

—Sí.

—Eso no es verdad. Te he contemplado con admiración más de una vez, pero…

—Entrecerrando los ojos.

—Es que soy un poco corto de vista, y así veo las cosas mejor.

—No seas embustero. Si fueras corto de vista, no estarías prestando servicio en un observatorio lunar.

Ronald sonrió.

—Ya me has pillado.

—¿Admites, entonces, que sí me has desnudado con la mirada en más de una ocasión?

Ronald carraspeó.

—Bueno, tanto como desnudarte… En cualquier caso, la culpa es tuya.

—¿Mía…?

—Sí, por usar un traje tan ceñido y con ese color tan parecido al de la piel.

—Docenas de chicas en la base usan trajes ceñidos y de color carne.

—Sí, pero no están tan tremendas como tú.

—A ellas también las desnudas con la mirada, no lo niegues.

—No lo niego.

—Y con algo más que la mirada.

—Tampoco lo niego.

—Acabas de admitir que eres un sinvergüenza.

—Yo sólo he admitido que me gustan las mujeres, y eso no es malo.

—Pero es que a ti te gustan demasiado.

—Ninguna como tú —sonrió Ronald, tomándola por la cimbreante cintura.

Ella se apresuró a soltarse.

—Las manos quietas, Ronald.

—Entonces, me voy.

—¡Ronald! —gritó Britt, agarrándolo de nuevo por el brazo.

—Las manos quietas, Britt —repuso Thaxter socarronamente.

La joven apretó los labios.

—¿Qué pretendes, chantajearme?

—Qué palabra tan fea.

—Es la expresión exacta.

—Sólo quiero que frunzas los labios un instante.

—Para soltarme un beso, ¿verdad?

—Te gustará, ya lo verás.

—No pienso someterme a tus deseos.

—¿Estás segura de que en el fondo no son también los tuyos?

Las suaves mejillas de Britt Larson se cubrieron de púrpura.

—Tu vanidad no tiene límites, Ronald.

—He dado en el clavo, ¿eh? —sonrió Thaxter.

—¡Has dado en el cuerno! —rugió la joven.

Ronald rió.

—Cuando te enfureces, tu belleza se torna salvaje.

—¡Lárgate, o te demostraré lo salvaje que puedo ser! —amenazó Britt, mostrándole las uñas.

—¿Ya no te importa quedarte sola...?

—¡Prefiero caer en manos de un habitante de Kedro que en las tuyas!

—No sabes lo que dices.

—¡Fuera!

—Como quieras.

Ronald Thaxter dio media vuelta y caminó decididamente hacia la puerta. Cuando estaba a punto de alcanzarla, oyó gritar a la joven:

—¡Ronald!

Thaxter se volvió.

—¿Sí, Britt...?

Britt Larson bajó la cabeza y suplicó:

—Quédate, Ronald.

—Acabas de echarme, Britt...

—No sabía lo que decía.

Ronald fue hacia ella y volvió a tomarla por la cintura.

La joven en esta ocasión no hizo nada por soltarse.

—Mírame, Britt —rogó Ronald.

Ella levantó la cabeza, lentamente, y sus ojos se encontraron.

—Te tiemblan los labios... —observó Ronald.

Britt no dijo nada.

Ronald acercó su boca a la de ella.

La joven no apartó la suya.

Parecía resignada a dejarse besar.

Sin embargo, Ronald no la besó.

En el último instante, cuando ya casi rozaba con sus labios los de ella, húmedos y trémulos, retiró bruscamente la cara y soltó la cintura femenina.

El desconcierto se reflejó en el rostro de Britt Larson. —¿Qué diablos te pasa ahora? —inquirió.

—Nada —respondió Ronald.

—¿Ya no deseas besarme?

—Sí, pero me aguanto.

—No lo entiendo.

—No quiero que me llames chantajista.

—Lo eres.

—No he llegado a serlo, puesto que no te he besado. No puedes, por tanto, reprocharme nada.

—A ti no hay quien te entienda, Ronald.

—¿Desilusionada, Britt...? —sonrió irónicamente Thaxter. —¿Por qué?

—El beso ya parecía un hecho...

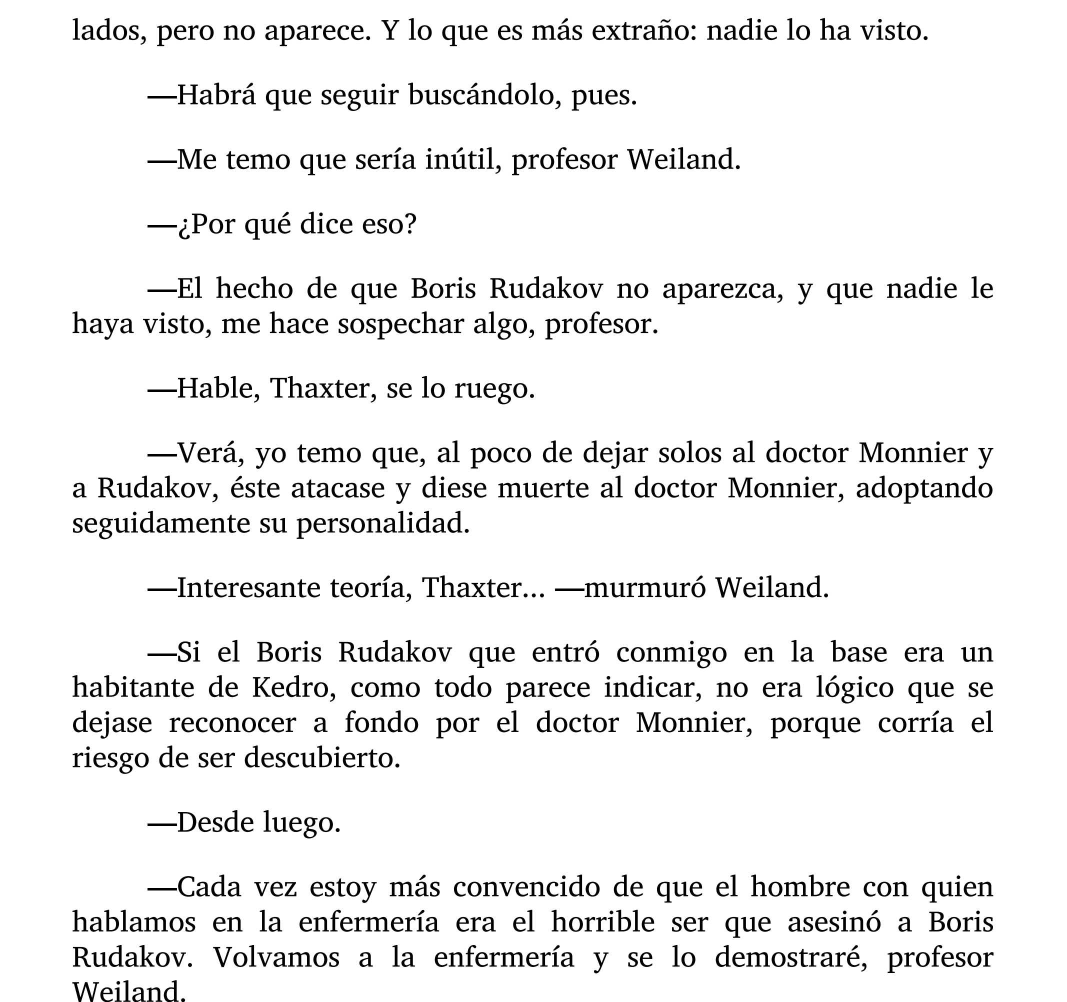
—Que afortunadamente no se produjo.

—¿Has dicho desgraciadamente...?

Britt Larson iba a replicar acaloradamente, pero en aquel momento apareció Hans Weiland y no tuvo más remedio que dominar su furia.

—¿Encontró a Boris Rudakov, Thaxter? —inquirió el científico, aproximándose a éste.

—No, profesor —respondió Ronald—. Lo he buscado por todos



lados, pero no aparece. Y lo que es más extraño: nadie lo ha visto.

—Habrá que seguir buscándolo, pues.

—Me temo que sería inútil, profesor Weiland.

—¿Por qué dice eso?

—El hecho de que Boris Rudakov no aparezca, y que nadie le haya visto, me hace sospechar algo, profesor.

—Hable, Thaxter, se lo ruego.

—Verá, yo temo que, al poco de dejar solos al doctor Monnier y a Rudakov, éste atacase y diese muerte al doctor Monnier, adoptando seguidamente su personalidad.

—Interesante teoría, Thaxter… —murmuró Weiland.

—Si el Boris Rudakov que entró conmigo en la base era un habitante de Kedro, como todo parece indicar, no era lógico que se dejase reconocer a fondo por el doctor Monnier, porque corría el riesgo de ser descubierto.

—Desde luego.

—Cada vez estoy más convencido de que el hombre con quien hablamos en la enfermería era el horrible ser que asesinó a Boris Rudakov. Volvamos a la enfermería y se lo demostraré, profesor Weiland.

Hans Weiland hizo algo que dejó perplejos a Ronald Thaxter y a Britt Larson.

Con un rápido movimiento se apoderó de la pistola de rayos infrarrojos de Ronald y dio un ágil salto hacia atrás.

—Usted no va a ir a ningún sitio, Thaxter —dijo, apuntándole al pecho con el arma.

CAPÍTULO VII

—Profesor Weiland... —musitó Britt Larson, sin poder creer lo que estaba viendo.

—No es el profesor Weiland —dijo Ronald Thaxter, que ya tenía explicación para la sorprendente actitud del hombre que se parecía al jefe supremo de la Base Lunar Newton como una gota de agua a otra.

—¿Qué? —pestañeó Britt sin comprender.

—Es un habitante de Kedro.

—¡Dios mío! —gimió la joven, llevándose una mano a la boca.

El falso profesor Weiland sonrió de un modo siniestro.

—Ronald Thaxter está en lo cierto, mujer terrestre. Soy un habitante de Kedro.

—¿Qué hiciste con el profesor Weiland, maldito? —inquirió Ronald roncamente.

—Lo maté, terrestre.

—Como al doctor Monnier..

—Sí.

—Y como a Boris Rudakov...

—Sí.

—Eres un canalla, ser de Kedro.

—¿Y tú no, hombre de la Tierra? También tú has matado a uno de los nuestros.

—En defensa propia.

—Eso puede cambiar el sentido de la acción, pero no el resultado de la misma, Yo he matado y tú también. Si yo soy un canalla, tú también.

Ronald Thaxter apretó las mandíbulas.

—¿Qué pretendéis?

—En primer lugar, adueñarnos de este satélite. Después, invadir la Tierra.

—Estáis locos, si creéis que vais a conseguirlo.

El alienígena sonrió jactanciosamente.

—Será mucho más sencillo de lo que tú imaginas, terrestre. Nuestra condición de mutantes nos permitirá infiltrarnos en la Tierra sin despertar la menor sospecha y, poco a poco, adueñarnos de ella. No olvides que lo sabemos todo sobre vosotros, podemos pasar por terrestres perfectamente. Tú mismo me tomaste por Boris Rudakov, en ningún momento sospechaste que no fuera él. Tampoco el doctor Monnier sospechó ;e mí. Y lo mismo ocurrió cuando, tras asesinar al doctor, adquirí su personalidad y me puse sus ropas. Ni el profesor Weiland ni tú sospechasteis que yo no era el doctor Monnier.

—Te equivocas. Yo sí lo sospeché.

—Peor para ti, porque eso va a costarte la vida. Y a la mujer también.

Britt Larson se estremeció.

—Ronald... —musitó aferrándose al brazo de él.

Thaxter, con el propósito de ganar tiempo, dijo:

—A ella no puedes matarla, ser de Kedro.

—¿Por qué no? Uno de nosotros ocupará su puesto, adoptando su personalidad, y nadie sospechará que la auténtica Britt Larson ha muerto. Lo mismo sucederá contigo, terrestre. Y con Boris Rudakov. Y con el doctor Monnier. Todos seréis replantados por nosotros.

—A tus compañeros no les será fácil introducirse en la base.

El extraterrestre rió.

—¡Ya lo creo que sí! De hecho, varios de ellos se han infiltrado ya.

Ronald sonrió interiormente.

Sabía que había hecho un comentario ingenuo.

Aparentemente ingenuo.

Pero en el fondo no lo era.

Su propósito era tirar de la lengua al habitante de Kedro, y ya lo estaba logrando.

—¿Habéis atacado otros observatorios lunares, además del de los Montes Doerfel? —preguntó.

—Sí. Cinco más —respondió el extraterrestre—. Los hombres que ocupan esos observatorios ahora son habitantes de Kedro. El ataque a los seis observatorios fue simultáneo. Se produjo a la misma hora y se utilizó la misma táctica —explicó.

—La hermosa Zena... —rezongó Ronald.

—En efecto —volvió a reír el alienígena—. Era el modo más sencillo de introducirse en los observatorios. Todos quedaron como hipnotizados ante tanta belleza, y no tuvieron inconveniente en caer dócilmente en brazos de la hermosa Zena, sin pensar en otra cosa que hacer el amor con ella.

—Yo sí que pensé en otra cosa.

Los ojos del alienígena despidieron un centelleo.

—Sí, tú fuiste la excepción. Y eso le costó la vida a uno de mis compañeros. No pensábamos perdonártelo, ¿sabes? Aunque no hubieses sospechado que la personalidad del doctor Monnier había sido adoptada por mí, habrías muerto igual, sólo que más tarde, cuando a nosotros nos hubiese convenido,

—Y eso no es ahora, ¿verdad?

—No, no nos conviene acabar contigo ahora, porque todavía

somos pocos en la base. Sólo seis. Hasta el próximo relevo de los observatorios, no podrán venir los otros seis. Para entonces, todos los observatorios serán nuestros. Con doce de nosotros aquí, será suficiente para adueñarnos de la base y permitir el paso a todos los demás. Lamentablemente, tú has averiguado más de lo debido, y tienes que morir ahora, como la mujer.

—Puedes dejarnos atados y amordazados hasta que lleguen el resto de tus compañeros... —sugirió Ronald.

—Claro. Y así tendríais la posibilidad de escapar y advertir a los vuestros, ¿verdad? —repuso el extraterrestre, adivinando las intenciones de Thaxter.

Este no respondió.

Ya esperaba que su sugerencia fuera rechazada por el habitante de Kedro.

—Vamos, entrad en «mi» despacho —ordenó el alienígena con ironía.

—¿Prefieres matarnos ahí dentro?

—No hagas preguntas y obedece.

Ronald Thaxter y Britt Larson caminaron lentamente hacia el despacho del asesinado Hans Weiland.

—Se me doblan las rodillas, Ronald... —musitó la joven, pálida como un difunto.

Thaxter le pasó el brazo por la cintura y la sostuvo.

—No pierdas la esperanza, Britt —repuso en tono muy bajo para no ser oído por el habitante del planeta Kedro.

Pero el alienígena debía tener muy desarrollado el sentido auditivo, pues se apresuró a decir:

—No hay salvación para vosotros, terrestres. Podéis intentarlo si queréis, pero no lograréis sorprenderme.

Ronald miró a Britt.

Pareció decirle con los ojos que, pese a la advertencia del ser de Kedro, lo intentaría.

Siempre sería mejor morir luchando por salvar la vida que resignarse a su suerte como mansos corderitos.

Entraron en el despacho de Hans Weiland.

El extraterrestre entró tras ellos.

La puerta se cerró automáticamente.

El alienígena, sin acercarse demasiado a los terrestres, ordenó:

—Quitaros la ropa.

—¿Qué? —respingó ligeramente Ronald.

—Necesito vuestra ropa para que se la pongan los compañeros que van a suplantaros —explicó el extraterrestre.

Ronald y Britt se miraron.

—Tendremos que obedecer, Britt...

La joven no dijo nada.

Ronald se desprendió del ancho cinturón y fue a dejarlo en el suelo, pero el alienígena indicó:

—Arrójalo a mis pies, terrestre. Pero hazlo con cuidado o pensaré que llevas otras intenciones y apretaré el gatillo.

—Abrasarías también mi ropa y no te serviría —observó Ronald.

—Buscaría otra —repuso el habitante de Kedro—. Y no me sería difícil encontrarla.

—Sí, supongo que no —rezongó Ronald, y arrojó el cinturón a los pies del extraterrestre.

Seguidamente se agachó con lentitud y procedió a aflojarse los cordones de sus flexibles botas, pues el traje, de una sola pieza, no podía sacárselo si antes no se descalzaba.

—¿Tú qué esperas, mujer? —gruñó el alienígena, viendo que Britt no se decidía a imitar a Ronald.

—Obedece, Britt —aconsejó Ronald, guiñándole el ojo disimuladamente.

La joven supo entender que Ronald tenía ya un plan y no se hizo repetir la orden. Se quitó el cinturón y lo tiró a los pies del habitante de Kedro.

Hizo lo propio con los zapatos, de puntera y tacón descubiertos.

A continuación se bajó la cremallera frontal que abría su traje desde el cuello hasta un poco más abajo de la cintura.

Ronald seguía desatándose los cordones de las botas.

Y estaba tardando más de lo debido en conseguirlo.

Britt no acababa de decidirse a quitarse el traje, pues bajo él sólo llevaba un sucinto pantaloncito.

—El traje, mujer —apremió el extraterrestre—. Y tú, más de prisa con esas botas, terrestre —le dijo a Ronald.

—Es que se me ha hecho un nudo en el cordón —explicó Thaxter.

Britt Larson logró vencer su pudor y se bajó el traje, sacándoselo por los pies. Se lo tiró también a los pies al extraterrestre, con rabia, porque no le hacía ni pizca de gracia quedarse prácticamente desnuda delante de Ronald Thaxter.

Este la miró.

Sin entornar los ojos.

Ahora no era necesario.

—Si no se me hubiera hecho antes el nudo en el cordón, se me habría hecho ahora —murmuró a modo de piropo.

Britt enrojeció, pero no despegó los labios.

—La prenda que falta, mujer —exigió el alienígena.

La joven enrojeció más.

Miró a Ronald, como preguntándose cuándo demonios iba a entrar en acción.

¿Es que iba a esperar a que ella realizara un *striptease* completo?

¿No le bastaba con todo lo que había quedado a la vista?

Al parecer, no.

Pero sí.

Justo en el momento en que Britt Larson se disponía a bajarse la exigua prenda, Ronald Thaxter entró en acción.

Y lo hizo con mucha fortuna, por cierto.

CAPÍTULO VIII

Sí.

Le acompañó la suerte en el lanzamiento.

De bota, por supuesto.

Era lo único que podía arrojarle al habitante del planeta Kedro con ciertas garantías de hacerle «pupa» si le alcanzaba bien.

- le alcanzó bien.

Fenomenalmente bien.

En toda la boca.

El formidable botazo arrancó un aullido de dolor al alienígena.

Como que le partió los labios.

Y, lógicamente, le hizo sangrar.

Pero su sangre no era roja, sino verdosa y espesa.

- olía muy mal.

Ronald Thaxter no se entretuvo fijándose en el color de la sangre del ser de Kedro ni olisqueando el hedor que ésta despedía.

A decir verdad, él salió catapultado detrás de la bota, y cayó como un ciclón sobre el extraterrestre apenas un par de segundos después de que el botazo dejara bastante amargo al habitante de Kedro.

Arrolló a éste y ambos rodaron por el suelo, golpeándose ferozmente.

El principal objetivo de Ronald era arrebatar la pistola al alienígena. O, cuando menos, impedir que éste pudiera utilizarla.

Esto último parecía menos peligroso, pues el extraterrestre podía recobrar la libertad de su brazo y hacer funcionar la pistola de rayos infrarrojos, abrasándolos a él y a Britt.

De ahí que Ronald redoblase sus esfuerzos por arrebatar el arma al habitante de Kedro.

¡Y al fin lo consiguió!

Gracias a una brusca torsión de muñeca.

El alienígena lanzó un grito y abrió la mano, perdiendo la pistola.

Ronald intentó apoderarse de ella, pero el extraterrestre le sujetó con fuerza y no se lo permitió.

—¡La pistola, Britt! —gritó Ronald.

Britt Larson, que lo primero que había hecho, tras el ataque de Ronald al alienígena, había sido recuperar su traje y enfundárselo, corrió hacia el arma y se lanzó sobre ella con gran decisión.

La hubiera cogido, pero el habitante de Kedro disparó una de sus piernas y alcanzó de lleno el lindo trasero de la joven con la punta de su zapato.

Britt dio un chillido de dolor y salió despedida.

—¡Maldito! —rugió Ronald—. ¿Te has creído que el trasero de Britt es un balón? ¡Toma, para que aprendas a respetar a las mujeres terrestres! —masculló, y le soltó un cabezazo en la cara.

El extraterrestre aulló, porque el cabezazo había sido tan duro como certero, y también por su nariz comenzó a brotar aquel líquido verdoso y espeso que tan mal olía.

—¡Puaf!, qué asco —rezongó Ronald—. Con lo poco que me gustan a mí los caramelos de menta, y este tío no para de recordármelos.

—¡Sujétale las piernas, Ronald! —indicó Britt, masajeándose el dolorido trasero.

—¿Cómo? —preguntó Thaxter—. ¡Las manos las tengo ocupadas! ¡Si le dejo los brazos libres, para sujetarle las piernas, me deshará la cara de un puñetazo!

—¡Y si no se las sujetas me deshará a mí las posaderas! ¿No has visto el patadón que me ha dado?

—¡Está bien, veré lo que puedo hacer! —masculló Ronald, y procuró trabar con sus piernas las del alienígena.

Britt se arrojó de nuevo sobre la pistola.

El extraterrestre no pudo hacer nada esta vez por impedir que la joven se apoderase del arma.

Pero hizo otra cosa: colocar brutalmente una de sus rodillas entre los muslos de Ronald Thaxter.

El que aulló ahora fue el terrestre.

¡Y de qué manera!

Fue tan intenso el dolor que sintió que, por unos momentos, le abandonaron totalmente las fuerzas y quedó a merced del habitante de Kedro.

Este aprovechó la circunstancia para desembarazarse de él de un violento empujó y se puso en pie de un salto.

Miró fieramente a Britt.

La joven también estaba en pie.

Y tenía la pistola de Ronald en la diestra.

El ser de Kedro se arrojó sobre ella con la potencia de un tigre.

Britt no lo dudó.

Apretó el gatillo y el rayo infrarrojo brotó instantáneamente por la boca del arma.

Afortunadamente, Britt no erró el disparo y el rayo alcanzó al extraterrestre en pleno tórax.

El habitante de Kedro rugió como una bestia prehistórica a la que estuviesen asando viva y se derrumbó de manera fulminante, carbonizado por el rayo.

Ya en el suelo, comenzó a transmutarse.

En sólo unos segundos adquirió su verdadera personalidad.

Britt Larson, pese a que ya sabía por Ronald Thaxter cómo eran

físicamente los habitantes de Kedro, no pudo evitar un grito de horror.

Bajo aquella especie de gigantesco sapo carbonizado, se fue formando un charco de líquido verdoso y espeso, lo cual acentuó el hedor, haciéndolo prácticamente insoportable.

Britt sintió unas náuseas terribles.

Ronald Thaxter también las sentía, aunque por distintos motivos.

Continuaba en el suelo, con las piernas encogidas, sin fuerzas para levantarse.

Britt, venciendo sus náuseas, se acercó a él y se arrodilló a su lado.

—¿Cómo te encuentras, Ronald?

—Fuera de combate, ya lo ves —respondió Thaxter, cerrando un instante los ojos, en clara mueca de dolor.

—He matado al ser de Kedro.

—Ya lo he visto.

—Aquí huele fatal, Ronald.

—Sí, esto no hay quien lo aguante.

—Vamos a la otra estancia.

—Dichosa tú, que puedes andar —murmuró Ronald componiendo otra mueca de sufrimiento.

—Con dificultad, no creas —repuso la joven—. El patadón que me dio el habitante de Kedro en el trasero, no fue ninguna tontería.

—Comparado con el rodillazo que me dio a mí entre las piernas, sí. Me hizo ver las estrellas sin necesidad de telescopio. Y todavía veo algunas...

—Te ayudaré a ponerte en pie.

—¿Por qué no me coges en brazos?

—Porque pesas demasiado.

—En fin... —rezongó Ronald, y se cogió de la muchacha.

Consiguió ponerse en pie.

Apoyándose en ella, logró alcanzar la antesala del despacho.

Se sentó con cuidado sobre la mesa de trabajo de Britt.

—Espera aquí, Ronald —indicó la joven.

—¿Adónde vas? —preguntó Thaxter.

—Por el resto de nuestras cosas. Tu bota, mis zapatos, los cinturones...

—Date prisa.

Britt entró de nuevo en el despacho, regresando poco después con las cosas que había ido a buscar.

—¿Te sientes mejor, Ronald? —preguntó, mientras se ponía los zapatos y el cinturón.

—Me siento igual —rezongó Thaxter.

—¿No estarás exagerando la nota?

—¿Qué?

—Exagerando los efectos del rodillazo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Tú sabrás.

—Yo lo único que sé es que el habitante de Kedro sabía cómo y dónde golpearme para hacerme más darlo. Y vaya si me lo hizo.

—Sí, era bastante bruto, el hombre.

—El hombre sapo, querrás decir.

—Eso. Toma, ponte el cinturón y guárdate la pistola. La bota yo te la pondré.

—Gracias.

Britt se puso en cuclillas y metió el pie de Ronald dentro de la

bota, procediendo seguidamente a atarle el cordón.

—¿Por qué no le arrojaste la bota antes? —preguntó la joven en tono de reproche.

—¿Antes de qué?

—De que yo me quitara el traje.

Ronald carraspeó.

—Se me hizo un nudo en el cordón, ya lo oíste.

—Eso es un cuento chino.

—De veras, Britt.

—Lo que tú querías era ver lo que había debajo del traje, por eso tardaste tanto en entrar en acción.

Ronald sonrió contagiosamente.

—Todo lo que vi me gustó.

—Sinvergüenza... —masculló Britt, incorporándose, porque ya había atado el cordón de la bota.

—Si lo fuera, hubiera tardado unos segundos más en entrar en acción —repuso Ronald.

—Me extraña que no lo hicieras. Tú eres capaz de eso y de más.

—Hasta de enamorarme de ti con lo agria que eres.

—Yo no tengo nada de agria, ¿sabes?

—Conmigo lo eres. Más que un limón.

—Te trato como te mereces.

—Pero yo a ti, no.

—¿Qué?

Ronald bajó de la mesa, atrapó a la joven por la cintura y la atrajo bruscamente hacia sí.

Antes de que ella pudiera reaccionar, la besó en los labios.

Larga y apretadamente.

Britt forcejeó, pero no pudo soltarse ni separar su boca de la de él.

Ronald la soltó cuando lo creyó oportuno, que fue mucho tiempo después.

Ella le miró con ojos chisporreantes de ira.

Boqueaba como un pez fuera del agua, porque le faltaba aire, y sus senos, redondos y erguidos, se agitaban tempestuosamente bajo la delgada tela del traje.

Cuando pudo hablar, barbotó:

—¡Siento deseos de arañarte!

—No lo hagas —aconsejó Ronald sonriente—. Arañar es de gatos.

—¡También siento deseos de morderte!

—Peor todavía. Morder es de perros.

—¿Con qué derecho me has besado?

—Lo deseaba. Y tú también.

—¡Eso no es verdad!

Ronald tiró nuevamente de ella con la misma brusquedad de antes y volvió a besarla con vehemencia.

Britt se debatió furiosamente, pero, como en la ocasión anterior, no le sirvió de nada.

Ronald, lógicamente, era mucho más fuerte que ella y la tenía convenientemente atenazada.

El beso fue tan largo como el anterior.

Finalmente, Ronald separó su boca de la de ella, pero no soltó su cuerpo, en prevención de posibles arañazos o mordiscos.

La miró a los ojos.

Ella le fulminó con los suyos.

—¿Más calmada, Britt? —preguntó Ronald, advirtiendo que la joven había dejado de forcejear.

—¡No!

—Eso me pareció leer en tus ojos.

—¡Voy a escupirte en la cara, Ronald!

—Eso estaría muy feo, Britt.

—¿Prefieres un rodillazo entre las piernas?

—¡No!

—¡Entonces suéltame!

—Lo haré si confiesas que, en el fondo, te han complacido mis besos.

—¡Me han dado asco!

—Embustera.

—¿Disparo ya la rodilla, Ronald?

—¿Es que quieres desgraciarme...?

—¡Lo único que quiero es que me sueltes!

—¿Y vamos a quedar así de mal?

—¡Tú y yo nunca podremos quedar bien!

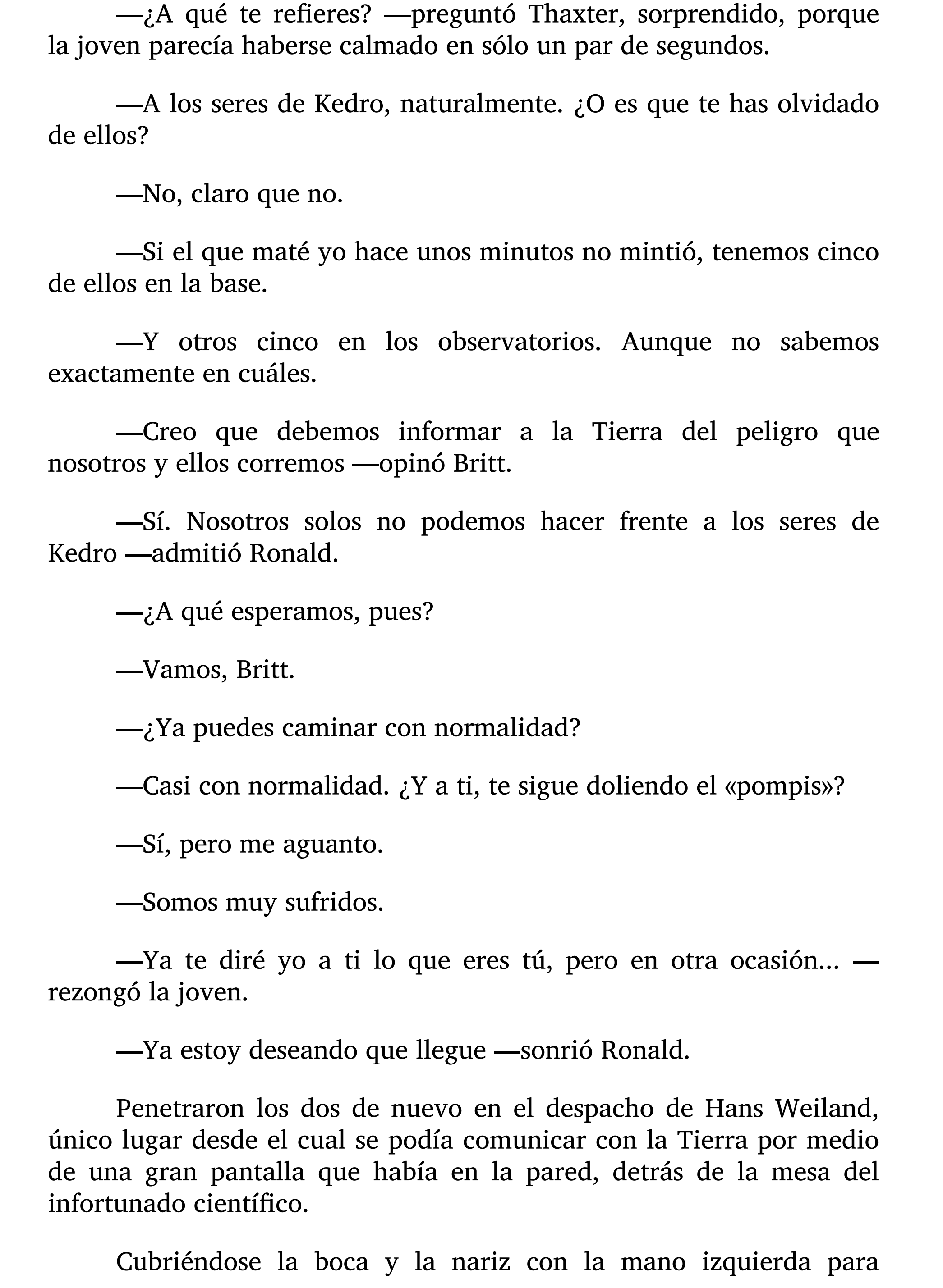
—Te equivocas. Puede que me cueste más de lo que yo pensaba, pero tú y yo acabaremos llevándonos de maravilla.

—¡Estás soñando despierto!

—Soy capaz de suicidarme si no logro conquistar tu tozudo corazón.

—¿Me sueltas o...?

—¡Te suelto, te suelto! —dijo Ronald, dejándola en libertad.



Britt se apartó de él.

—Bien. ¿Qué hacemos ahora, Ronald?

—¿A qué te refieres? —preguntó Thaxter, sorprendido, porque la joven parecía haberse calmado en sólo un par de segundos.

—A los seres de Kedro, naturalmente. ¿O es que te has olvidado de ellos?

—No, claro que no.

—Si el que maté yo hace unos minutos no mintió, tenemos cinco de ellos en la base.

—Y otros cinco en los observatorios. Aunque no sabemos exactamente en cuáles.

—Creo que debemos informar a la Tierra del peligro que nosotros y ellos corremos —opinó Britt.

—Sí. Nosotros solos no podemos hacer frente a los seres de Kedro —admitió Ronald.

—¿A qué esperamos, pues?

—Vamos, Britt.

—¿Ya puedes caminar con normalidad?

—Casi con normalidad. ¿Y a ti, te sigue doliendo el «pompis»?

—Sí, pero me aguanto.

—Somos muy sufridos.

—Ya te diré yo a ti lo que eres tú, pero en otra ocasión… —rezongó la joven.

—Ya estoy deseando que llegue —sonrió Ronald.

Penetraron los dos de nuevo en el despacho de Hans Weiland, único lugar desde el cual se podía comunicar con la Tierra por medio de una gran pantalla que había en la pared, detrás de la mesa del infortunado científico.

Cubriéndose la boca y la nariz con la mano izquierda para

protegerse del hedor que impregnaba todo el despacho, Britt Larson trató de establecer comunicación con la Tierra.

No lo consiguió, pese a que lo intentó varias veces.

La pantalla se iluminaba, pero no aparecía en ella imagen alguna.

Sólo rayas, que surgían de la parte superior de la pantalla y desaparecían por la inferior, con cierta rapidez y acompañadas de un extraño y agudo zumbido.

—¿Qué diablos ocurre, Britt? —inquirió Ronald Thaxter que también se cubría la boca y la nariz con la mano.

La joven le miró con un chispeo de temor en los ojos.

—No podemos hablar con la Tierra, Ronald.

—¿Qué...?

—Los seres de Kedro han inutilizado nuestro sistema de comunicación.

CAPÍTULO IX

Sobrevino un silencio.

—¿Cómo es eso posible, Britt? —preguntó Ronald Thaxter.

—No lo sé. Pero el caso es que lo han conseguido. Y no podemos esperar ayuda de la Tierra. A menos que... —Britt Larson se interrumpió.

—¿A menos que...?

—Que desde la Tierra intenten ponerse en comunicación con nosotros por cualquier motivo. Al ver que no podemos recibir su llamada se extrañarán y mandarán una astronave para averiguar qué sucede.

—Una astronave no será suficiente para hacer frente a los invasores, que deben ser bastantes.

—Tal vez no sea suficiente para hacerles frente, pero servirá al menos para poner en guardia a la Tierra y los seres de Kedro tendrán que variar su plan de invasión.

Todo eso es hipotético, Britt. Si de la Tierra no nos llaman para nada...

La joven se mordió los labios.

—Confiemos en que lo hagan, Ronald.

—Sí, la esperanza es lo último que se pierde —suspiró Thaxter —. Anda, vamos. Aquí no se puede respirar.

Salieron los dos del despacho de Hans Weiland.

—¿Qué vamos a hacer, Ronald? —preguntó Britt.

—Intentar descubrir y eliminar a los cinco seres de Kedro que se han infiltrado en la base —respondió Thaxter.

—¿Cómo, Ronald? No sabemos qué personalidad han adoptado...

—Pero sabemos que no tienen la sangre roja, sino verde.

—¿Y...?

—¿Tienes un alfiler, Britt?

—Creo que sí. En el cajón de mi mesa.

—Dámelo.

—¿Vas a pinchar con él a...?

—A todo el que encuentre, hombres y mujeres. Si la sangre que brote es roja, me disculparé. Si es verde, utilizaré mi pistola —respondió Ronald, rozando con su mano el arma.

—Pero...

—¡Vamos, de prisa! —apremió Ronald.

Britt abrió el cajón de su mesa y buscó el alfiler.

—Aquí está.

—Tráelo.

Britt le entregó el alfiler.

—Bien. Ya podemos irnos. ¿O prefieres quedarte aquí?

—No digas tonterías —gruñó la joven.

—En marcha, pues —sonrió Ronald.

Salieron al corredor.

—Tengo una idea, Britt.

—¿Qué idea?

—Iremos primero a las cabinas-dormitorio de los doce hombres que fueron relevados de los observatorios. Sabemos que los seis habitantes de Kedro que se infiltraron en la base, lo hicieron bajo la personalidad de seis de esos hombres. Si mantienen esa misma personalidad o no, es lo que quiero averiguar. El que utilizó la personalidad de Boris Rudakov, ya lo liquidaste tú.

—Entonces, no es necesario que vayamos a la cabina-dormitorio de Boris. Allí no habrá nadie.

—Probablemente. Pero quiero asegurarme.

Se dirigieron los dos hacia las cabinas-dormitorio.

Instantes después se detenían ante la de Boris Rudakov.

Ronald abrió la puerta.

La cabina-dormitorio estaba vacía y la litera intacta.

Ronald cerró la puerta.

Poco después abría la de la cabina-dormitorio destinada a uno de los hombres que habían regresado aproximadamente una hora antes de los observatorios lunares.

El tipo, de origen italiano, se llamaba Bruno Mirelli.

Se hallaba tendido en la litera y parecía dormir profundamente.

Sus ropas descansaban sobre una silla.

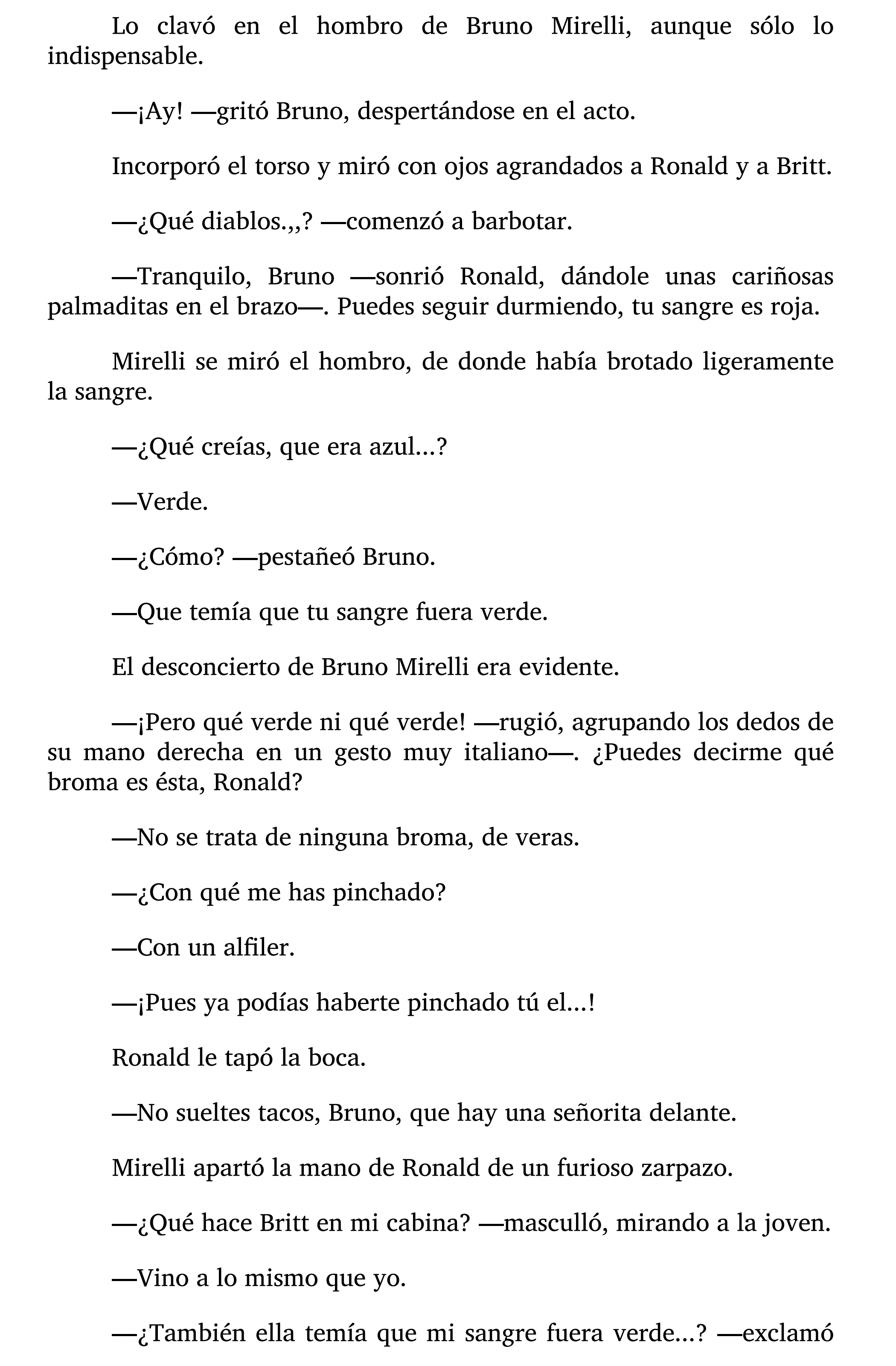
También su pistola de rayos infrarrojos.

Ronald y Britt se introdujeron silenciosamente en la cabina-dormitorio y el primero cerró la puerta.

Bruno no se movió.

La sábana le cubría sólo hasta la cintura, y su pecho, atlético y velludo, se hinchaba y deshinchaba al compás de su sosegada respiración.

Ronald se acercó a la litera con el alfiler en la manó.



Lo clavó en el hombro de Bruno Mirelli, aunque sólo lo indispensable.

—¡Ay! —gritó Bruno, despertándose en el acto.

Incorporó el torso y miró con ojos agrandados a Ronald y a Britt.

—¿Qué diablos.,,? —comenzó a barbotar.

—Tranquilo, Bruno —sonrió Ronald, dándole unas cariñosas palmaditas en el brazo—. Puedes seguir durmiendo, tu sangre es roja.

Mirelli se miró el hombro, de donde había brotado ligeramente la sangre.

—¿Qué creías, que era azul...?

—Verde.

—¿Cómo? —pestañeó Bruno.

—Que temía que tu sangre fuera verde.

El desconcierto de Bruno Mirelli era evidente.

—¡Pero qué verde ni qué verde! —rugió, agrupando los dedos de su mano derecha en un gesto muy italiano—. ¿Puedes decirme qué broma es ésta, Ronald?

—No se trata de ninguna broma, de veras.

—¿Con qué me has pinchado?

—Con un alfiler.

—¡Pues ya podías haberte pinchado tú el...!

Ronald le tapó la boca.

—No sueltes tacos, Bruno, que hay una señorita delante.

Mirelli apartó la mano de Ronald de un furioso zarpazo.

—¿Qué hace Britt en mi cabina? —masculló, mirando a la joven.

—Vino a lo mismo que yo.

—¿También ella temía que mi sangre fuera verde...? —exclamó

Bruno sarcástico.

Ronald asintió con la cabeza.

—También.

—¡Estáis los dos para que os aten! ¡Fuera de mi vista! ¡Fuera en seguida o me lío a castañazos contigo, Ronald!

—Tranquilo, muchacho, que ya nos vamos. Pero antes voy a darte un consejo: cierra la puerta por dentro y no abras a nadie que no sea yo.

—¡A ti sería el último a quien abriría!

—Bruno, que esto es más serio de lo que tú te imaginas. La Tierra corre el peligro de ser invadida por unos horribles seres, que tienen la sangre verde y pueden adoptar cualquier forma. Incluso la terrestre. Son mutantes y proceden de un planeta lejano, llamado Kedro. Seis de esos seres han conseguido infiltrarse en la base. Ya hemos liquidado a uno, y estamos intentando descubrir a los otros cinco. ¿Comprendes ahora por qué he tenido que pincharte con el alfiler?

Bruno Mirelli se había quedado con la boca de par en par.

—¿No me estás tomando el pelo, Ronald...?

—Te juro que no, Bruno. Esos seres han matado ya a trece de los nuestros, entre ellos a Boris Rudakov, el doctor Monnier y el profesor Weiland —informó Ronald.

—¡No!

—Es cierto, Bruno —confirmó Britt—. Y si nosotros no lo impedimos, matarán muchos más.

—¡Hay que pedir ayuda a la Tierra!

—No podemos, Bruno. Los invasores han inutilizado nuestros medios de comunicación. Tenemos que luchar solos contra ellos.

—¡Pues lucharemos! —repuso decididamente Mirelli, saltando de la litera.

— ¡Bruno! —exclamó Britt, dándole la espalda bruscamente.

—¡Diablos, olvidé que duermo en cueros! —respingó Mirelli, mientras Ronald reía.

Se vistió en un santiamén y se colocó el cinturón.

—Ya estoy visible, Britt —hizo saber tras una tosecita.

La joven se volvió.

—Van caros los pijamas, ¿eh, Bruno?

Mirelli carraspeó,

—Tengo dos, pero nunca me los pongo. Duermo mejor sin nada.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo Ronald sonriendo.

—Qué par de calurosos —rezongó Britt.

—No perdamos más tiempo —habló de nuevo Ronald, y abrió la puerta.

Salieron los tres de la cabina-dormitorio.

Mirelli desenfundó su pistola y apuntó a un lado y a otro del corredor con desconfianza.

—Guarda tu pistola, Bruno —indicó Ronald.

—¿Y si aparecen de pronto los mutantes?

—Por eso precisamente, porque son mutantes, no hay manera de distinguirlos de nosotros. Tenemos que recurrir al alfiler, ¿entiendes? Y no mostrarnos en absoluto preocupados o desconfiados para no despertar sospechas. Vamos, guarda el arma y aparenta tranquilidad.

—Pero es que estoy muy nervioso…

—Nosotros también, Bruno, pero lo disimulamos —intervino Britt.

—De acuerdo, guardaré la pistola —rezongó Mirelli, y la enfundó. Segundos después, Ronald abría la puerta de la cabina-dormitorio de Diego Mendoza, otro de los vigilantes de los observatorios que habían sido relevados en el último turno.

Era de origen mexicano y lucía un generoso mostacho, de puntas

caídas.

Estaba sentado en la litera completamente vestido.

Se puso en pie al ver entrar a Ronald, Britt y Bruno.

—¡Hola, Pancho Villa! —saludó Thaxter sonriente.

—¿Ocurre algo, muchachos? —inquirió Mendoza.

— ¡Pues que deseábamos verte no más, Dieguito! —habló Mirelli imitando el modo de expresarse de los nacidos en México.

Mendoza rió, porque Mirelli había puesto hasta cara de mexicano.

—¡Soy todo oídos, compadre! —respondió el azteca aceptando la broma.

Los que rieron ahora fueron Ronald, Britt y Bruno.

—Bueno, ahora en serio, muchachos —rogó Mendoza atusándose el bigotazo—. ¿A qué habéis venido?

—Muéstranos el dorso de tu mano, Diego —pidió Ronald.

—¿El dorso de mi mano...?

—Sí, por favor.

—¿Para qué?

—Es sólo un nuevo juego, Diego —dijo Britt.

—Oh, un juego... Muy bien, aquí está mi mano —sonrió Mendoza y mostró el dorso de la derecha.

Ronald le pinchó con el alfiler con un rápido movimiento.

Diego Mendoza no se quejó, pero se apresuró a cubrirse el dorso de la mano derecha con la izquierda.

No fue lo suficientemente rápido,

Ronald, Britt y Bruno tuvieron tiempo de ver que la sangre que brotaba de la leve herida no era roja, sino verdosa.

Verdosa y espesa.

¡Era un habitante de Kedro!

CAPÍTULO X

La diestra de Ronald Thaxter se movió veloz y tiró de la pistola de rayos infrarrojos, encañonando al ser de Kedro que suplantaba a Diego Mendoza.

También Bruno Mirelli extrajo la suya.

Britt Larson se situó rápidamente detrás de Ronald Thaxter, temiendo una reacción violenta por parte del extraterrestre.

Reacción que seguramente se habría producido de no advertir Ronald:

—Si tiras de esa pistola o intentas adoptar una forma distinta a la que tienes ahora, te asamos como a un cordero.

—¡Y en mucho menos tiempo! —añadió Bruno.

El alienígena no movió un solo músculo, aunque sus pupilas adquirieron un brillo acerado, sumamente peligroso.

—Voy a hacerte unas preguntas, ser de Kedro —dijo Ronald—. Y será mejor para ti que respondas a ellas.

—¡Pero qué mucho mejor! —advirtió Bruno con fiero gesto.

—¿Qué queréis saber? —preguntó el extraterrestre.

—Para empezar, los miembros de los hombres cuyas personalidades habéis adoptado para infiltraros en la Base Lunar Newton —respondió Ronald.

—Y así poder acabar con todos nosotros, ¿verdad?

—Os descubriremos de todos modos. Empleando el mismo sistema que hemos utilizado contigo: un pinchazo de alfiler. Si queremos que nos digas los nombres de esos hombres es para ahorrar tiempo y pinchazos inútiles. Sabemos que uno de ellos era Boris Rudakov. A ése ya lo hemos descubierto.

—¿Y muerto? —inquirió el alienígena con voz ronca.

—Sí. Intentó matarnos a mí y a la chica. Tuvimos que defendernos.

Sobrevino un silencio.

—¡Escupe los nombres de los cuatro que faltan! —exigió Bruno.

—No diré nada —respondió el alienígena.

Bruno disparó la pierna y hundió la punta de su bota en el bajo vientre del ser de Kedro.

Este aulló y cayó al suelo hecho una bola.

—¡Habla, maldito! ¡Habla o te machaco a patadas! —amenazó Bruno echando de nuevo la pierna hacia atrás.

El extraterrestre, sin levantarse del suelo, comenzó a pronunciar los nombres de los otros cuatro hombres que habían sido suplantados, además de Boris Rudakov y Diego Mendoza.

Ronald sonrió satisfecho.

—Bien. Ahora ya sabemos cuáles fueron los seis observatorios atacados por esta gente y cuáles los que van a ser atacados antes del próximo relevo.

—¿Podremos impedirlo, Ronald? —preguntó Britt.

—Espero que sí. Antes, sin embargo, tenemos que acabar con los cuatro invasores que restan en la base. Y con los seis que ocupan otros tantos observatorios. Cinco, mejor dicho, porque yo ya liquidé al que pretendía suplantarme a mí en el de los Montes Doerfel.

—¿Y cuántos más habrá, aparte de ésos? —inquirió Bruno.

—Nuestro amigo nos lo dirá —respondió Ronald, señalando al extraterrestre caído, que los miraba a los tres con intenso odio, especialmente a Mirelli, por haberle golpeado éste tan duramente.

—Habla, ser de Kedro —ordenó Bruno—, ¿Cuántos sois en total?

—Doscientos cincuenta... —respondió el alienígena.

—¿Sólo? —se extrañó Ronald.

—¿Te parecen pocos, Ronald...? —exclamó Bruno.

—Para hacerles frente nosotros solos, muchos. Pero para invadir la Tierra, me parecen muy pocos.

—Ronald tiene razón, Bruno —intervino Britt—. Doscientos cincuenta seres de Kedro jamás lograrían adueñarse de la Tierra. Que se explique mejor el extraterrestre.

—Ya lo has oído, ser de Kedro. A explicarse tocan —indicó Mirelli.

El alienígena lo hizo:

—Nuestra misión consiste en adueñarnos de este satélite y mandar a algunos de los nuestros a la Tierra, adoptando las personalidades de varios miembros de la Base Lunar Newton. Lina vez en la Tierra, suplantaremos a los hombres más importantes, a los que podrían rechazar un ataque masivo a la Tierra por nuestra parte. Si los cargos más importantes están ocupados por nosotros, el ataque no podrá ser repelido. Al contrario, nos ocuparemos de que sea un éxito completo.

—Empiezo a entenderlo, sí… —murmuró Ronald—. El grueso de las fuerzas de Kedro no vendrán mientras el jefe de estos doscientos cincuenta seres no informe a Kedro de que la Base Lunar Newton y los doce observatorios lunares están controlados por ellos, y que varios de sus «muchachos» han conseguido infiltrarse en la Tierra y logrado suplantar a los máximos dirigentes de nuestro planeta. ¿Y sabéis lo que esto quiere decir? Que Kedro no se encuentra capacitado para invadir la Tierra si no cuenta con ayuda desde nuestro planeta. O sea, que si nosotros conseguimos mandar al infierno a los doscientos cuarenta y ocho seres de Kedro que quedan con vida, de los doscientos cincuenta que vinieron con la misión de adueñarse de la Luna e infiltrarse en la Tierra, el peligro de invasión

habrá desaparecido por completo. Los de Kedro, al menos, no volverán a intentarlo.

—El problema es cómo mandar al infierno a esos doscientos cuarenta y ocho seres… —observó Britt escéptica.

—Es verdad —asintió Bruno, poco optimista también—. Si no podemos pedir ayuda a la Tierra…

—Ya pensaremos algo —repuso Ronald.

El extraterrestre sonrió burlonamente.

—No podréis con nosotros, terrestres. Nuestra nave es grande, veloz y poderosa. Se halla muy cerca del satélite. De momento se ha limitado a inutilizar vuestros sistemas de comunicación con la Tierra para que no pudierais pedir ayuda en el caso de que alguno de nosotros fuese descubierto, como así ha ocurrido. Pero, cuando se den cuenta de que ya no es posible apoderarse de la Base Lunar Newton infiltrándose en ella, se lanzarán sobre el satélite y reducirán a cenizas la base y los doce observatorios. Nuestro plan de invasión a la Tierra habrá fracasado, sí, pero en vuestro planeta no se sabrá nunca quién y por qué se destruyó la Base Lunar Newton y los observatorios, lo cual

nos permitirá intentarlo de nuevo dentro de algunos años. Y tal vez entonces consigamos nuestros propósitos y conquistemos la Tierra.

—¡Nunca, nunca lo lograréis, bastardos! —rugió Bruno Mirelli, propinándole un patadón en el pecho al alienígena.

Este gritó y se retorció en el suelo.

Pero hizo algo más que gritar y retorcerse: empuñar velozmente la pistola de rayos infrarrojos que pendía de su cinturón.

—¡Cuidado…! —chilló Ronald Thaxter, dejándose caer al suelo y arrastrando consigo a Britt Larson.

Bruno Mirelli también se arrojó de bruces al suelo.

Fue una suerte para él, pues el extraterrestre le tomó como blanco.

El rayo infrarrojo que brotó del arma que empuñaba el alienígena se estrelló contra la pared de la cabina-dormitorio y la abrasó.

Bruno fue a responder al ataque del ser de Kedro, pero Ronald se le anticipó por unas décimas de segundo.

El rayo infrarrojo lanzado por Ronald alcanzó al alienígena, quien emitió un alarido desgarrador.

Al sobrevenirle la muerte se produjo su transmutación y cobró su verdadera personalidad, horrorizando a Bruno Mirelli.

—¡No es posible…! —exclamó éste con una voz que no parecía la suya.

Ronald se puso en pie y ayudó a incorporarse a Britt.

Como Bruno no hacia ademán de levantarse, Ronald le ayudó también.

—Salgamos de aquí, Bruno.

—¡Es un ser horripilante, Ronald…!

—Sí, escalofriante de verdad.

—¡ Y qué peste! —Mirelli se apretó la nariz.

—Anda, vamos.

Ronald sacó a Bruno de la cabina-dormitorio del infortunado Diego Mendoza y Britt se apresuró a cerrar la puerta.

—Siento náuseas, Ronald... —musitó Mirelli.

—Procura vencerlas. Te necesito para acabar con los otros cuatro seres de Kedro, Bruno.

Mirelli hizo un esfuerzo por controlar sus ansias de vomitar y asintió con la cabeza.

—Cuenta conmigo, Ronald.

—Así me gusta, valiente —sonrió Thaxter.

CAPÍTULO XI

No les fue difícil dar con los otros cuatro seres de Kedro, pues ninguno de ellos había cambiado de personalidad; conservaban la de los hombres que habían suplantado en los observatorios, la que les había servido para infiltrarse en la Base Lunar Newton.

Los cuatro extraterrestres reaccionaron violentamente al verse descubiertos, por lo que Ronald Thaxter y Bruno Mirelli tuvieron que apretar el gatillo de sus respectivas pistolas de rayos infrarrojos.

Los cuatro alienígenas murieron carbonizados ,y recuperaron su

verdadera personalidad, impregnando las cabinas-dormitorio de aquel hedor tan fuerte que despedía su sangre y sus cuerpos abrasados.

—¿Qué hacemos ahora, Ronald? —preguntó Mirelli.

—Reunir a todo el personal de la base e informarles de nuestra situación —respondió Thaxter—. Ahora ya podemos hacerlo sin ningún temor, pues sabemos que ninguno de ellos es un habitante de Kedro con personalidad terrestre. ¿Quieres ocuparte tú de ello, Britt? —rogó a la secretaria del malogrado Hans Weiland.

—Desde luego —asintió la joven.

Minutos más tarde todo el personal de la Base Lunar Newton se hallaba agrupado en una gran sala.

Ronald Thaxter, flanqueado por Britt Larson y Bruno Mirelli, dio cuenta de todo lo sucedido desde el momento en que él llegó al observatorio de los Montes Doerfel para relevar a Boris Rudakov.

Su relato horrorizó a todo el mundo.

Pero nadie perdió la serenidad.

El profesor Kovacs, sin duda el científico más brillante de la base, después del infortunado Hans Weiland, se destacó del grupo e inquirió:

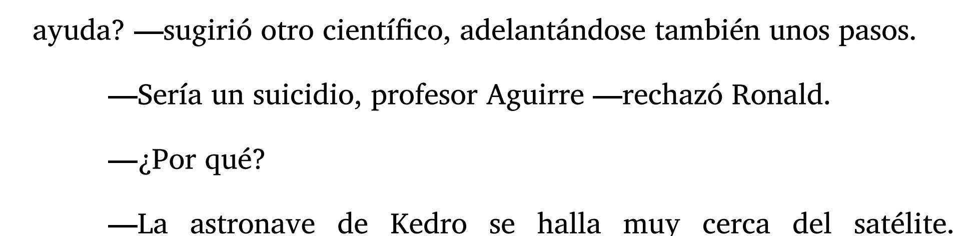
—¿Tiene usted algún plan, Thaxter?

—¿Para acabar con esos doscientos cuarenta y tres seres de Kedro que quedan con vida? —preguntó Ronald.

—Naturalmente.

—Todavía no, profesor Kovacs. No será difícil sorprender a los cinco que ocupan otros tantos observatorios y darles muerte, pero destruir su astronave... Es grande, veloz y poderosa. Ninguna de las naves qué nosotros tenemos en el aeropuerto de la base cuenta, a priori, con posibilidades de hacer frente con éxito a la astronave de Kedro. No obstante, habrá que intentarlo. Esperar tranquilamente en la base a que ellos nos ataquen, no serviría de nada. Me consta que nuestros medios de defensa son inferiores a los suyos de ataque. Moriríamos todos sin remisión.

—¿Por qué no mandamos a alguien a la Tierra en busca de



ayuda? —sugirió otro científico, adelantándose también unos pasos.

—Sería un suicidio, profesor Aguirre —rechazó Ronald.

—¿Por qué?

—La astronave de Kedro se halla muy cerca del satélite. Detectaría rápidamente la partida de una de nuestras naves y se lanzaría en su persecución. Alcanzarla y destruirla sería cosa de minutos.

—Thaxter tiene razón —opinó Kovacs.

—Pero algo habrá que hacer, profesor Kovacs —insistió el otro científico.

—Desde luego, profesor Aguirre —convino Kovacs—. No podemos quedarnos cruzados de brazos sabiendo que estamos en peligro de muerte.

—Lo primero es acabar con los cinco seres de Kedro que ocupan los observatorios —habló de nuevo Ronald—. Y traer a la base a nuestros seis compañeros antes de que sean atacados.

—¿No podemos avisarles por el videófono? —sugirió el profesor Aguirre.

Ronald movió la cabeza en sentido negativo.

—No es conveniente, profesor Aguirre. En primer lugar, porque las llamadas podrían ser escuchadas desde la astronave de Kedro. Con toda seguridad lo serán, y eso nos perjudicaría enormemente. Además, tampoco podemos estar seguros de que esos seis observatorios ocupados por nuestros compañeros no han sido atacados todavía. Yo pienso que no, pero... Es mejor ir personalmente a cada uno de esos observatorios.

—Pues cuanto antes, mejor —opinó Kovacs.

—Mirelli y yo saldremos inmediatamente —informó Ronald.

—¿Sólo ustedes dos...?

—Si vamos más despertaremos sospechas y se complicará la cosa.

—Está bien, vayan. Y que la suerte les acompañe.

—Falta nos va a hacer —murmuró Bruno.

—¿Decía usted, Mirelli…?

Bruno tosió.

—Que confíen en nosotros, profesor Kovacs. Eso fue lo que dije.

El científico sonrió.

—Confiamos plenamente.

—Una cosa, profesor Kovacs —habló Ronald.

—¿Sí, Thaxter…?

—Que nadie entre en la base sin antes someterse a la prueba del alfiler. Ni siquiera Mirelli y yo, cuando regresemos.

—¿Teme que…?

—Hay que temerlo todo, profesor Kovacs. Esa gente ya ha dado sobradas pruebas de su astucia. Y si algún ser de Kedro lograra infiltrarse de nuevo en la base, adoptando la personalidad de alguno de nosotros, estaríamos como al principio.

—Descuide, Thaxter. Todo el que quiera entrar en la base, después de que Mirelli y usted se hayan ido, tendrá que demostrar antes que su sangre es roja. Incluso ustedes dos.

Ronald sonrió.

—Bien. En marcha, Bruno.

—Ronald… —musitó Britt Larson cogiéndole del brazo.

Thaxter miró a la joven.

Vio reflejada en su hermoso rostro una honda preocupación.

Ronald le sonrió.

—No te preocupes, Britt. Todo saldrá bien.

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré, te lo prometo.

—Rezaré por ti.

—¿Y por mí no? —intervino Mirelli que seguía junto a Thaxter.

—También —sonrió levemente Britt.

—Así está mejor.

—Volveremos, Britt —aseguró Ronald acariciando la mejilla de la joven—. Y encontraremos el modo de destruir esa poderosa nave.

—Rogaré a Dios porque así sea.

—Y El te escuchará. Tú y yo aún tenemos que discutir muchas veces más, ya lo verás.

Mirelli carraspeó.

—Corta ya, Ronald.

—No seas pelma, Bruno —gruñó Thaxter.

—Tenemos muchas cosas que hacer. ¿Es necesario que te lo recuerde?

—No, no es necesario —respondió Ronald, y besó a Britt en los labios, sin importarle la presencia de todo el personal de la base.

—¡Eh!, que yo no me refería a eso… —exclamó Mirelli perplejo.

Ronald dio por concluido el beso.

Miró a Britt.

El rostro de la joven denotaba sorpresa, pero no enfado. —Vamos, Bruno —indicó Ronald, y echó a andar.

Mirelli trotó tras él.

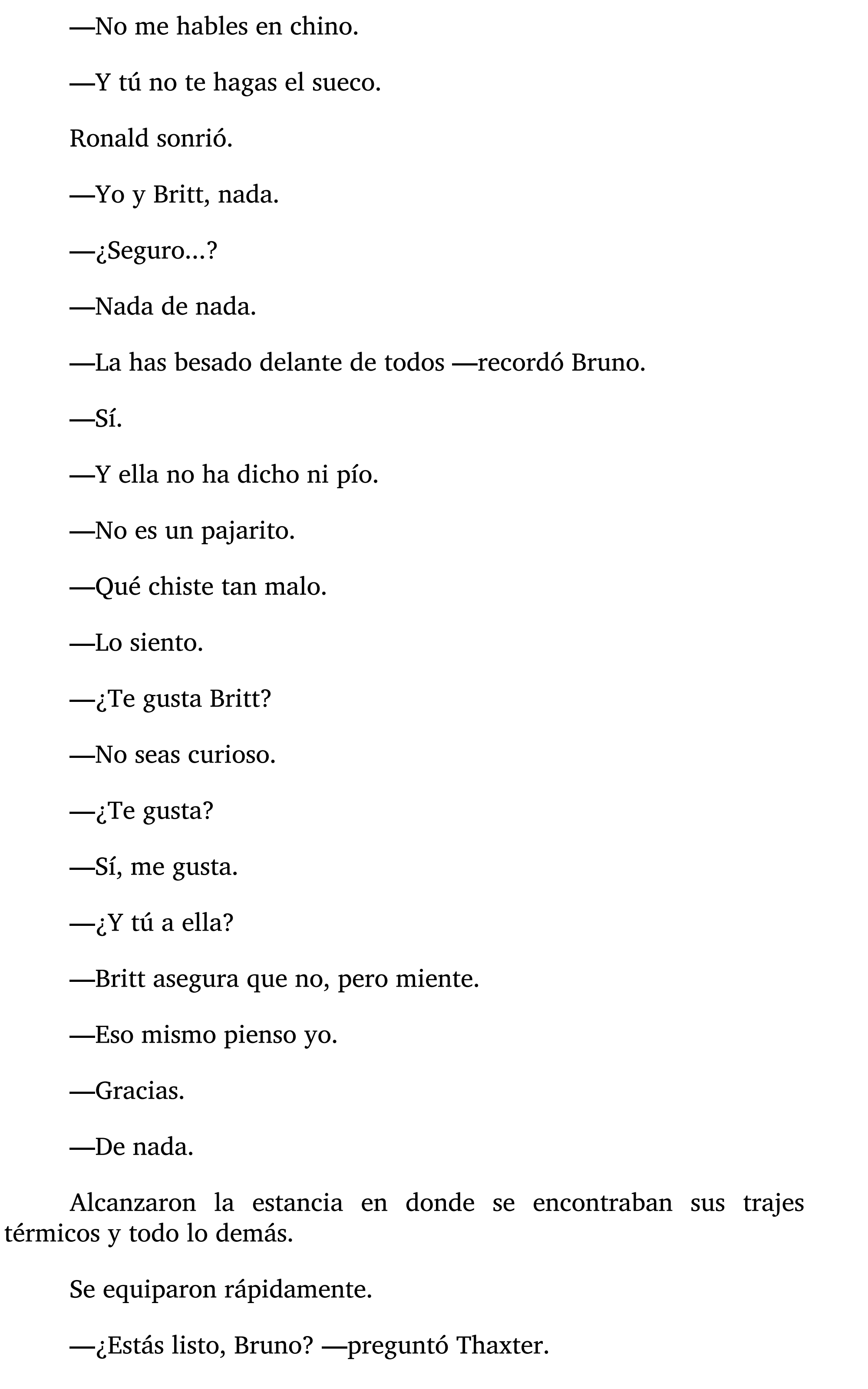
Abandonaron los dos la gran sala.

Mientras se dirigían al aeropuerto de la base, Mirelli inquirió:

—¿Tú y Britt…?

—¿Yo y Britt qué?

—Pues eso.



—No me hables en chino.

—Y tú no te hagas el sueco.

Ronald sonrió.

—Yo y Britt, nada.

—¿Seguro...?

—Nada de nada.

—La has besado delante de todos —recordó Bruno.

—Sí.

—Y ella no ha dicho ni pío.

—No es un pajarito.

—Qué chiste tan malo.

—Lo siento.

—¿Te gusta Britt?

—No seas curioso.

—¿Te gusta?

—Sí, me gusta.

—¿Y tú a ella?

—Britt asegura que no, pero miente.

—Eso mismo pienso yo.

—Gracias.

—De nada.

Alcanzaron la estancia en donde se encontraban sus trajes térmicos y todo lo demás.

Se equiparon rápidamente.

—¿Estás listo, Bruno? —preguntó Thaxter.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—Pues en marcha.

Salieron al exterior, cruzando la cabina estanca, y se introdujeron en la pequeña nave que utilizara Ronald para regresar del observatorio de los Montes Doerfel.

Poco después, la nave se elevaba verticalmente y casi al momento comenzó a alejarse de la Base Lunar Newton, cobrando rápidamente velocidad.

CAPÍTULO XII

La pequeña nave se posó con suavidad a unos quince metros del observatorio lunar, uno de los que, si no se había producido todavía el segundo ataque de los seres de Kedro, debían estar ocupados por vigilantes terrestres.

Ronald Thaxter y Bruno Mirelli se colocaron las escafandras y descendieron de la nave, encaminándose hacia la cabina estanca del observatorio,

A través del mirador, Oscar Santos, el hombre que prestaba servicio en el observatorio, les vio acercarse.

Ronald le saludó con la mano.

Oscar Santos no esperó a que Thaxter y Mirelli abrieran la

puerta exterior de la cabina estanca, lo hizo él mismo.

Instantes después, Ronald y Bruno penetraban en el observatorio y se despojaban de sus escafandras.

—¿A qué se debe esta sorprendente visita, muchachos...? —inquirió Santos con gesto de extrañeza.

—Misión especial, Oscar —respondió Ronald.

—¿De qué se trata?

—¿Te importaría mostrarnos e! dorso de tu mano derecha?

—¿El dorso de...?

—Por, favor...

—No entiendo nada —murmuró Oscar Santos haciendo lo que le pedía Ronald.

Este le pinchó con el alfiler.

—¡Ay! —se quejó Santos, retirando la mano en el acto—. ¿Te has vuelto loco, Ronald...? ¡Me has pinchado!

—Era necesario, Oscar —sonrió Bruno.

—¿Necesario para qué?

—Para asegurarnos de que tu sangre es roja.

— ¡Cuernos, no iba a ser verde! —barbotó Santos.

—Sí, podía haber sido verde —dijo Ronald.

—¿Temíais que fuera un marciano...?

—Un habitante de Kedro.

—¿Un habitante de dónde...? —pestañeó Santos.

—No hay tiempo para explicaciones, Oscar. Te diré solamente lo que tienes que hacer: equiparte rápidamente y regresar a la base.

—¿Regresar a la base...?

—Inmediatamente. Allí te explicarán lo que ocurre.

Oscar Santos obedeció la orden de Ronald Thaxter.

Cuando estuvo listo, abandonaron los tres el observatorio lunar y se dirigieron a las naves.

Ronald y Bruno se introdujeron en la suya.

Santos subió a la otra, la que había utilizado él para trasladarse desde la base al observatorio.

Ambas naves se elevaron y tomaron un rumbo distinto.

Mientras Oscar Santos dirigía la suya hacia la Base Lunar Newton, la de Ronald Thaxter y Bruno Mirelli volaba hacía otro de los observatorios supuestamente ocupados por vigilantes terrestres.

* * *

Afortunadamente, el segundo ataque de los seres de Kedro a los pequeños observatorios lunares no se había producido todavía, y la sangre que brotó del dorso de la mano de cada uno de los otros cinco hombres sometidos a prueba por Ronald Thaxter y Bruno Mirelli fue roja.

Al igual que a Oscar Santos, Ronald les ordenó que se equiparan rápidamente y regresaran a la base, sin explicarles lo que sucedía,

A continuación, Ronald y Bruno se dirigieron a uno de los cinco observatorios ocupados por los seres de Kedro en el primer ataque.

Posaron su nave frente al observatorio y descendieron de ella, aproximándose al mirador.

Al otro lado del mismo se encontraba Tom Davis, un hombre de color, alto y robusto, que simpatizaba con todo el mundo, pues tenía un gran corazón.

Ronald y Bruno sabían que no era Tom Davis quien los observaba, sino un ser de Kedro que habla asesinado al noble negro y adoptado su personalidad.

Bien.

Ellos vengarían al bueno de Tom.

Y eso iba a ser muy pronto.

Ronald y Bruno saludaron con el brazo al falso Tom Davis, sonrientes, para que éste no sospechara, y luego se acercaron a la cabina estanca.

El habitante de Kedro con forma terrestre, que tampoco deseaba despertar sospechas, se apresuró a abrir la puerta exterior de la cabina estanca con su mando de control remoto, tal y como hubiera hecho el auténtico Tom Davis.

Apenas entrar en el observatorio, Ronald y Bruno empuñaron sus pistolas con rapidez y apuntaron al extraterrestre.

Este retrocedió instintivamente.

—¿Qué diablos ocurre…? ¿Por qué me amenazáis con vuestras armas…?

—Sabemos que no eres Tom Davis —dijo Ronald fríamente.

—¿Qué?

—Eres un repugnante habitante de Kedro —habló Bruno, el rostro endurecido.

—Tú mataste a Tom Davis —dijo Ronald.

—Y nosotros vamos a matarte a ti —anunció Bruno.

El ser de Kedro, al verse descubierto, tiró velozmente de la pistola de rayos infrarrojos que pendía de su cinturón.

Ronald y Bruno no le dieron tiempo a utilizarla.

Ellos dispararon antes las suyas.

El extraterrestre cayó carbonizado y recuperó su horrible forma de gigantesco sapo.

Ronald y Bruno abandonaron el observatorio.

Todavía tenían que enfrentarse a otros cuatro seres de Kedro…

* * *

En la Base Lunar Newton todo el mundo estaba pendiente del regreso de Ronald Thaxter y Bruno Mirelli.

Hacía ya varias horas que habían salido de la base.

Los seis vigilantes de los observatorios se encontraban ya en la base y habían sido informados de todo por el profesor Kovacs, tras haberse sometido nuevamente a la prueba del alfiler.

El miembro de la base más nervioso e impaciente de todos era sin duda alguna Britt Larson, a quien se acercó Mayra —una joven morena, de origen brasileño, que estaba como para bailarse una samba con ella sin necesidad de orquesta—, diciendo:

—No sabía que Ronald y tú también...

—¿También qué? —preguntó Britt arrugando el ceño.

—Mujer, ya me entiendes... —sonrió maliciosamente Mayra, retirándose un rizo de la frente.

—No, no te entiendo, Mayra.

—¿Seguro que no... ?

—No sé de qué me hablas.

—Estoy hablando de Ronald Thaxter y de ti.

—¿Qué pasa con Ronald y conmigo?

—Tenéis relaciones íntimas, ¿verdad?

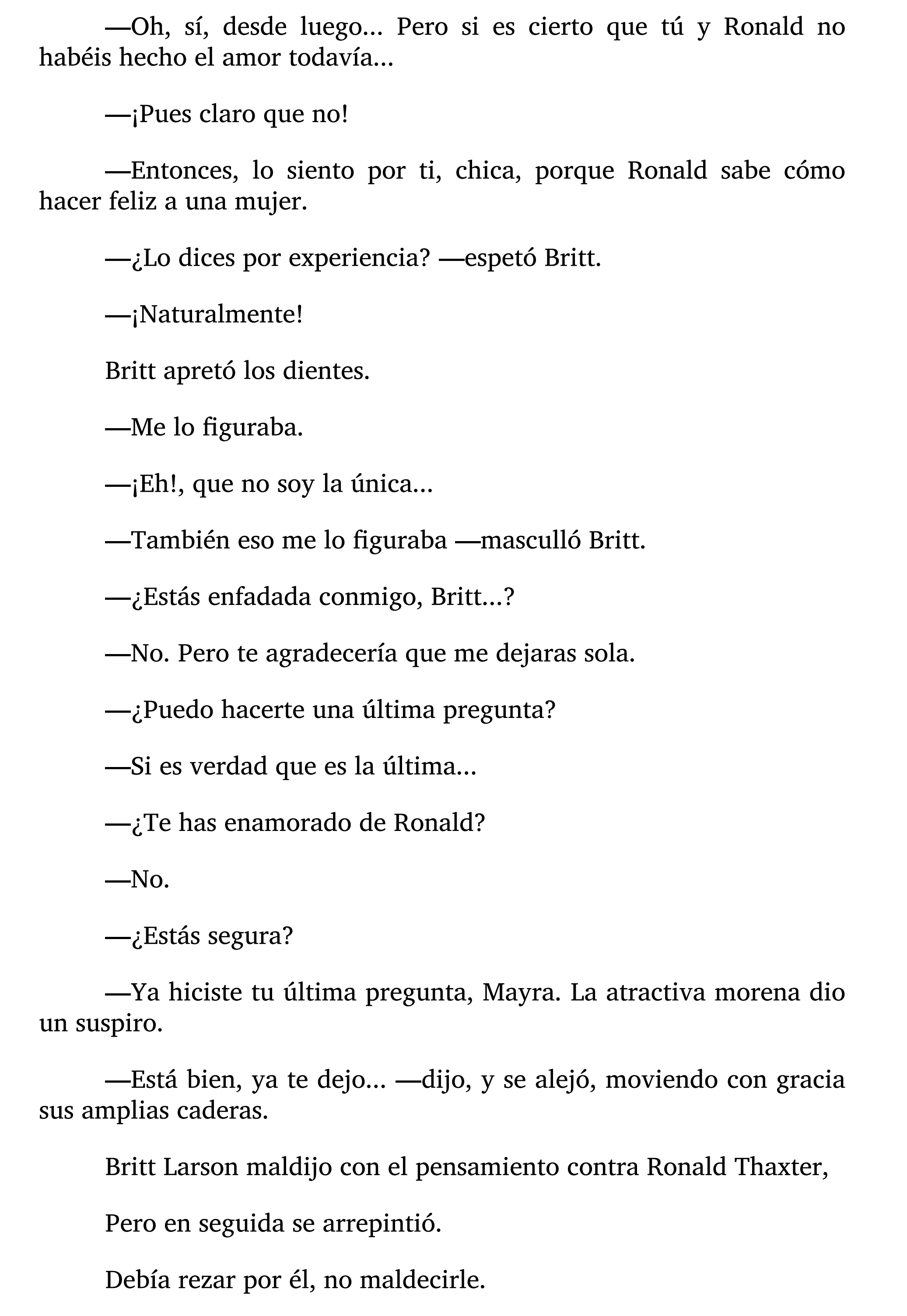
—Te equivocas.

—Te besó antes de irse, todos lo vimos.

—Eso no significa que durmamos juntos, Mayra.

—¿Y quién habla de dormir?

—Déjame en paz, ¿quieres?



—Oh, sí, desde luego... Pero si es cierto que tú y Ronald no habéis hecho el amor todavía...

—¡Pues claro que no!

—Entonces, lo siento por ti, chica, porque Ronald sabe cómo hacer feliz a una mujer.

—¿Lo dices por experiencia? —espetó Britt.

—¡Naturalmente!

Britt apretó los dientes.

—Me lo figuraba.

—¡Eh!, que no soy la única...

—También eso me lo figuraba —mascullό Britt.

—¿Estás enfadada conmigo, Britt...?

—No. Pero te agradecería que me dejaras sola.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Si es verdad que es la última...

—¿Te has enamorado de Ronald?

—No.

—¿Estás segura?

—Ya hiciste tu última pregunta, Mayra. La atractiva morena dio un suspiro.

—Está bien, ya te dejo... —dijo, y se alejó, moviendo con gracia sus amplias caderas.

Britt Larson maldijo con el pensamiento contra Ronald Thaxter,

Pero en seguida se arrepintió.

Debía rezar por él, no maldecirle.

Que fuera un bribón de tomo y lomo, no tenía nada que ver ahora.

Ronald estaba en peligro.

Y Bruno Mirelli.

Y la base entera.

Si conseguían acabar con los invasores de Kedro, ya tendría oportunidad de decirle un par de cosas bien dichas al carota de Ronald Thaxter.

* * *

Ronald Thaxter y Bruno Mirelli regresaron por fin a la base.

Descendieron de la pequeña nave y penetraron en el centro de investigación astronómica, cruzando la cabina estanca.

Al instante se vieron encañonados por no menos de dos docenas de armas.

Ronald y Bruno se quedaron paralizados por la sorpresa.

—¡Profesor Kovacs...! —logró balbucir Ronald.

—¿Qué forma de recibirnos es ésta...? —exclamó Bruno.

El profesor Kovacs sonrió.

—Lo siento, muchachos, pero cualquier precaución es poca. En cuanto nos aseguremos de que su sangre es roja, dejaremos de apuntarles con las armas.

—¡Oh, era eso! —rió Ronald—. Anda, Bruno, pon la mano.

—Pero pincha con cuidado, ¿eh? —pidió Mirelli.

Ronald le pinchó con el alfiler.

Bruno emitió un leve quejido y mostró el dorso de su mano a todos, al tiempo que exclamaba:

—¡Roja como las cerezas, señores!

—Pinche usted a Thaxter, Mirelli —indicó el profesor Kovacs.

—¡Con mucho gusto! —respondió Bruno, arrebatándole el alfiler a Ronald.

—Ten cuidado tú también, ¿eh, Bruno? —rogó Thaxter.

—¡Te voy a traspasar la mano, Ronald!

Sólo era una broma, claro.

Su pinchazo fue tan leve como el que Ronald le diera a él.

Pero suficiente para que brotara la sangre y todos pudieron ver que era roja.

El profesor Kovacs se acercó rápidamente a ellos.

—¿Cómo ha ido todo, muchachos?

—Perfectamente, profesor —respondió Ronald—. Dimos muerte a los cinco seres de Kedro que ocupaban los observatorios.

—¿Y nuestros compañeros, llegaron bien? —se interesó Bruno.

—Sí, los seis están en la base. Y su sangre es roja.

Ronald y Bruno rieron.

El primero buscó con la mirada a Britt Larson.

La encontró en seguida.

Ella también le estaba mirando.

Y de un modo que...

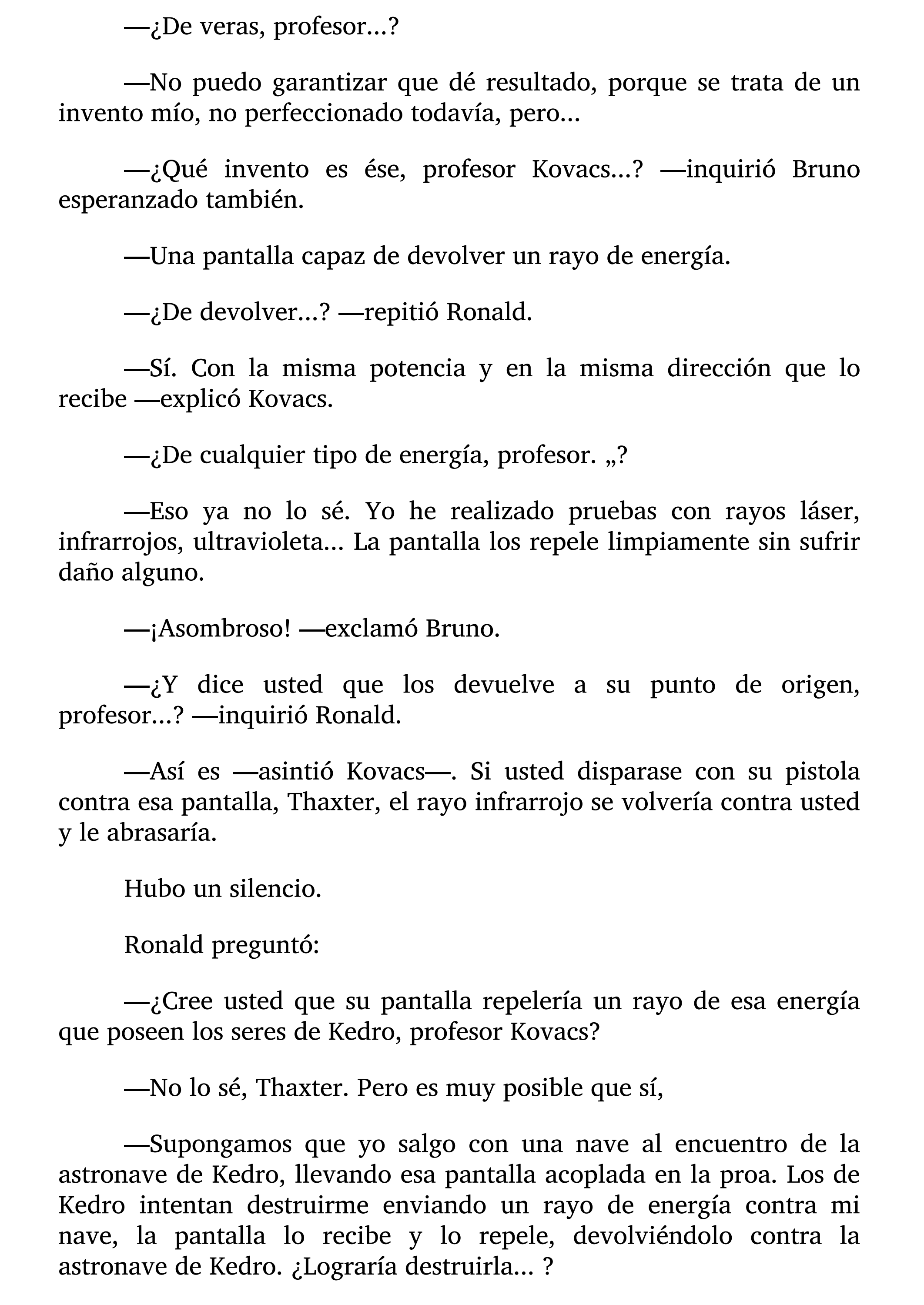
Ronald, extrañado, hizo ademán de ir hacia ella, pero la voz del profesor Kovacs le detuvo:

—Thaxter.

—¿Sí, profesor?

—He estado pensando en cómo hacer frente a la astronave de Kedro, y creo que tengo la solución.

Las alentadoras palabras del profesor Kovacs hicieron que



Ronald se olvidara por completo de Britt y del evidente enfado de ésta.

—¿De veras, profesor…?

—No puedo garantizar que dé resultado, porque se trata de un invento mío, no perfeccionado todavía, pero…

—¿Qué invento es ése, profesor Kovacs…? —inquirió Bruno esperanzado también.

—Una pantalla capaz de devolver un rayo de energía.

—¿De devolver…? —repitió Ronald.

—Sí. Con la misma potencia y en la misma dirección que lo recibe —explicó Kovacs.

—¿De cualquier tipo de energía, profesor. „?

—Eso ya no lo sé. Yo he realizado pruebas con rayos láser, infrarrojos, ultravioleta… La pantalla los repele limpiamente sin sufrir daño alguno.

—¡Asombroso! —exclamó Bruno.

—¿Y dice usted que los devuelve a su punto de origen, profesor…? —inquirió Ronald.

—Así es —asintió Kovacs—. Si usted disparase con su pistola contra esa pantalla, Thaxter, el rayo infrarrojo se volvería contra usted y le abrasaría.

Hubo un silencio.

Ronald preguntó:

—¿Cree usted que su pantalla repelería un rayo de esa energía que poseen los seres de Kedro, profesor Kovacs?

—No lo sé, Thaxter. Pero es muy posible que sí,

—Supongamos que yo salgo con una nave al encuentro de la astronave de Kedro, llevando esa pantalla acoplada en la proa. Los de Kedro intentan destruirme enviando un rayo de energía contra mi nave, la pantalla lo recibe y lo repele, devolviéndolo contra la astronave de Kedro. ¿Lograría destruirla… ?

—No me cabe la menor duda.

—Entonces, manos a la obra, profesor Kovacs.

—Thaxter...

—¿Sí?

—Si la pantalla no logra repeler el rayo, usted...

—Moriré, ya lo sé. Pero hay que intentarlo, profesor. Todos moriremos, si no destruimos esa astronave.

—Muy bien. Venga conmigo, Thaxter.

—Yo iré contigo, Ronald —se ofreció Mirelli.

—No es necesario, Bruno.

—Quiero ir. Y no trates de impedírmelo, porque no lo conseguirás.

Ronald sonrió.

—Está bien, iremos juntos a saludar a nuestros amigos, los habitantes de Kedro.

* * *

En una nave varias veces mayor que las que se utilizaban para trasladarse de la Base Lunar Newton a los pequeños observatorios lunares y viceversa, Ronald Thaxter y Bruno Mirelli salieron al encuentro de la poderosa astronave de Kedro.

Acoplada a la proa de la nave llevaban la pantalla inventada por el profesor Kovacs.

No tardarían en saber si era capaz o no de repeler el rayo destructor que con toda seguridad les enviaría la astronave extraterrestre, porque ésta aparecería de un momento a otro, dispuesta a cortarles el paso.

Así fue.

Apenas unos minutos después de haber despegado del aeropuerto de la Base Lunar Newton, la astronave de Kedro surgió frente a ellos.

Enorme.

Majestuosa.

- peligrosa…

Esto último se puso de manifiesto en seguida.

De la proa de la astronave brotó un potente rayo anaranjado que fue a chocar contra la proa de la nave terrestre.

- sucedió.

Pero no lo que esperaban los habitantes de Kedro, pues éstos pensaban que la nave terrestre, de proporciones muy inferiores a la de ellos, saltaría en pedazos al ser alcanzada por el rayo destructor.

Fue la enorme astronave de Kedro la que estalló en mil pedazos al recibir el mismo rayo de energía enviado por sus tripulantes contra la nave terrestre.

¡La pantalla inventada por el profesor Kovacs había logrado repeler el poderoso rayo!

¡Y devolverlo a su punto de partida!

¡Con la misma potencia qué lo recibió!

¡Y sin sufrir el menor daño!

—¡Viva el profesor Kovacs…! —gritó Ronald Thaxter, loco de alegría.

—¡Viva…! —bramó Bruno Mirelli, saltando jubilosamente sobre su asiento.

Ambos se fundieron en un abrazo, profundamente emocionados.

Habían logrado vencer a los habitantes del planeta Kedro.

La Tierra no sería invadida por aquellos horribles seres…

EPILOGO

El regreso de Ronald Thaxter y Bruno Mirelli a la base fue una auténtica fiesta.

Hubo besos, abrazos, risas, gritos de júbilo, saltos...

Ronald se vio estrujado y besuqueado por muchas de las chicas de la base, al igual que Bruno, pero ninguna de ellas era Britt Larson.

Ronald trató de localizarla con la mirada.

La descubrió junto a la puerta del fondo, bastante menos alegre que el resto del personal de la base.

—¡Britt! —la llamó sonriéndole.

Ella le sacó la lengua, en fea mueca, y desapareció rápidamente por la puerta que tenía a su lado.

Ronald se lanzó tras ella.

Con toda seguridad la hubiera alcanzado en unos segundos, pero una pelirroja de pechos voluminosos y caderas portentosas le echó los brazos al cuello y le dio un beso de los denominados «fuera de concurso».

Ronald logró librarse de la atractiva pelirroja, aunque lo suyo le costó, pues la chica se resistía a soltarle.

—¡Ronald...! —protestó ella desilusionada.

—Lo siento, Brigitte, pero tengo prisa.

—¿Te pasarás después por mi cabina-dormitorio…? —invitó la pelirroja.

Thaxter carraspeó.

—Me temo que no podré, Brigitte.

—¿Por qué? ¿Ya te has comprometido con otra?

—Sí, hace un par de minutos.

—Está bien, otra vez será —suspiró Brigitte resignada.

Ronald le dio un cariñoso pellizco en la barbilla y se alejó de ella rápidamente.

Esta vez sí consiguió alcanzar la puerta.

La cruzó y echó a correr hacia la cabina-dormitorio de Britt.

Suponía que ella se encontraría allí.

Entró en la cabina-dormitorio sin llamar.

En efecto.

Allí estaba Britt.

Con cara de pocos amigos.

—¿A qué has venido? —gruñó la joven.

—Deseaba estar contigo —respondió Ronald, alargando los brazos hacia la cintura femenina.

Britt dio un salto hacia atrás.

—Sal de mi cabina, Ronald.

—No pienso hacerlo.

—Si me rozas con tus manos, soy capaz de…

Ronald saltó de pronto sobre ella y la sujetó fuertemente.

Britt luchó como una fiera por soltarse, pero no lo consiguió.

Ronald la besó con ardor.

Y con toda la experiencia que sus labios poseían.

Esta fue la razón de que Britt, cuya rodilla derecha ya se disponía a incrustarse violentamente entre las piernas de Ronald, en un último intento por librarse de él, cambiara de parecer y dejara su rodilla quieta.

Toda ella se quedó quieta, en realidad.

Como muerta, vamos.

Los hábiles labios de Ronald continuaron un rato más sobre los suyos y luego se separaron con suavidad.

Britt, que había cerrado los ojos sin darse cuenta, los abrió.

No dijo nada.

—Te quiero, Britt —dijo Ronald sin soltarla.

—Tú quieres a muchas mujeres.

—Sólo a ti.

—¿Y a Mayra no...?

—¿Mayra?

—Sé que has hecho el amor con ella. Y con muchas otras.

—Eso no tiene nada que ver, Britt.

—¿Ah, no...?

—Mayra y las otras sólo me atraían físicamente. Lo que siento por ti es distinto.

—Yo no soy como ellas, Ronald. Si quieres que sea tuya, tendrás que olvidarte de tus conquistas anteriores. Y para siempre.

—Ya me he olvidado —sonrió Thaxter.

—No sé si creerte.

—Tú también me quieres, ¿verdad, Britt?

—Sí.

—Frunce los labios.

La joven obedeció.

Ronald los cubrió con los suyos, a! tiempo que una de sus manos se deslizaba hacia la cremallera del traje de Britt y comenzaba a bajarla.

Ella no puso objeciones.

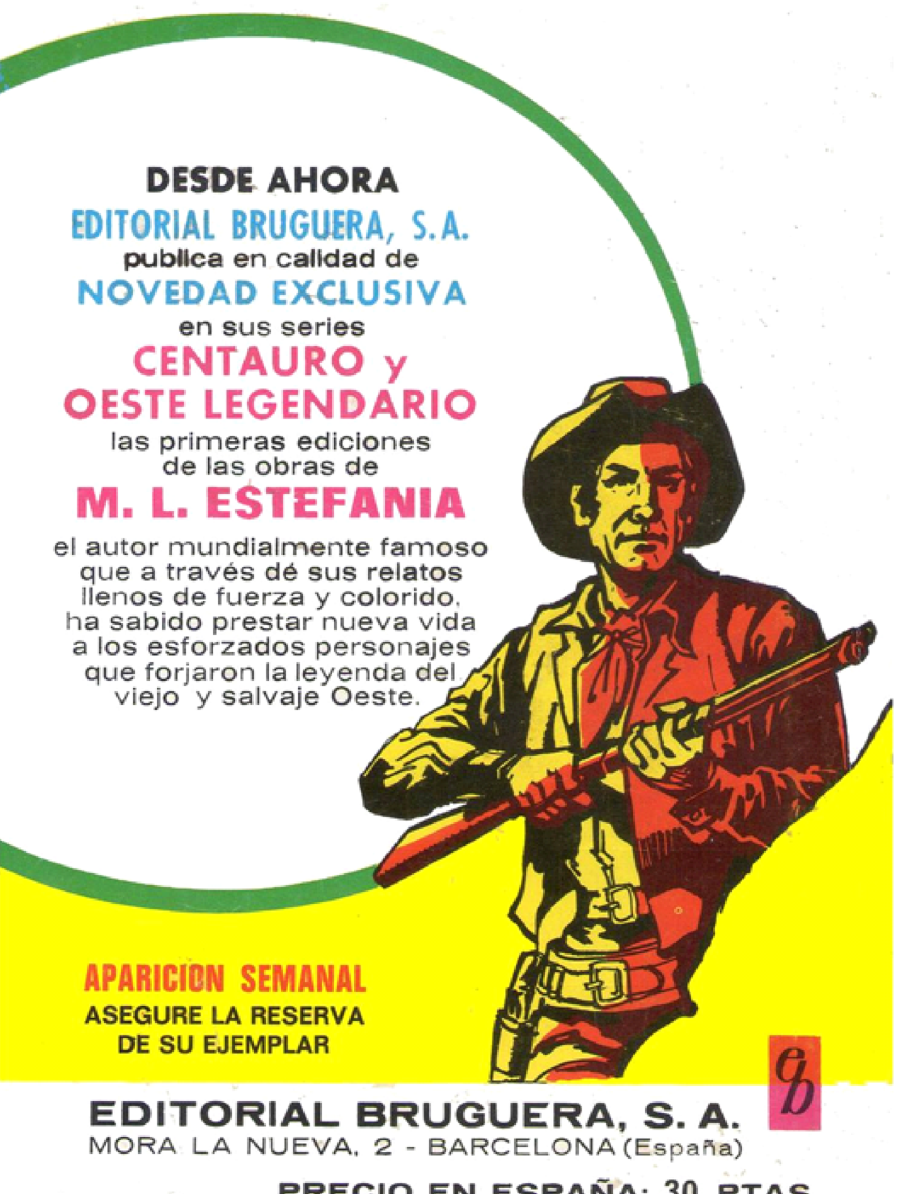
Deseaba las caricias de Ronald.

Intuía que sería algo maravilloso.

Y no se equivocó.

Como había dicho la descarada Mayra, Ronald Thaxter sabía cómo hacer feliz a una mujer...

F I N



[1] ***Durante el día, en cambio, la temperatura en la Luna suele alcanzar los 100 °C sobre***